



Alonso Zamora Vicente

# **La otra esquina de la lengua**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Alonso Zamora Vicente**

## **La otra esquina de la lengua**

En la república de las letras suelen ser los autores y maestros quienes dedican su libro no sólo a los lectores sino a todos aquellos que fueron para él motivo, estímulo y más que meridiana luz en la gestación de la obra.

Pero, esta vez, alterando la costumbre al uso, o poniéndonos «el mundo por montera», - como

burlonamente diría nuestro autor-, los discípulos, aquellos que recibimos la palabra y la sabiduría en tanto encuentro, conversación y lectura de aquí y allá, vamos a atrevernos a dedicarle este libro, su libro, sus páginas cotidianas que son ya las nuestras:

Al maestro sabio.

Al maestro de la más pura socarronería cervantina alimentada en tanto archivo de la Mancha.

Al maestro autor de estos breves artículos, páginas grandes de vida.

Sus discípulos

[8] [9]

A modo de prólogo

Viene detrás, al mismo volver la página, un hacecillo de meditaciones pasajeras sobre cuestiones del oficio, este sobresaltado mirar la lengua que hablamos y acariciar sus desvíos y sus penas. Sí, es verdad: llevamos una temporada en precipitado declive: se habla mal, se escribe peor y se adorna todo, charla o escritura, con toscos ribetes de zafiedad. Como es natural, muchos hablantes se sienten heridos, ultrajados casi. Y brotan, por todas partes, nuestros sagaces arbitristas dando consejos, imponiendo saberes, exigiendo que se respete la ortodoxia académica. Estéril coraje el de tanto y tanto orientador. Nada valdrá de correctivo mientras la educación sea una malaventura tenaz y mientras no se cotice, como señal de alta calidad espiritual y humana, la expresividad pulcra y bien conducida. Cuando estos venerables rasgos se atreven a salir hoy, el hipócrita anatema contra lo redicho, lo afectado, asoma su perfil detrás de cada esquina. [10]

Nada de lo contenido en estas páginas pretende ser panacea. Ni siquiera gesto gruñón. La lengua va por sus caminos, sin otro cauce que el que imponen las circunstancias históricas y sociales. Y el desenlace... ¿En qué revuelta del tiempo se apoyará, el

desenlace...? Si confiamos en la educación, en el asiduo estudio y la fervorosa lectura de los buenos modelos, lo veo muy lejano. Y si nos dejamos llevar por la inercia... Reventará antes de lo que suponemos, en la figura de torpe coloniaje cultural. Solamente el trabajo alegre y consciente puede reconducir este desplome. Y la sociedad actual, esclava de estruendosas purpurinas, no parece entrever estos rumbos. Ya no es la aflicción por un idioma maltratado, sino por una colectividad que, aspaventera, se sumerge, voluntariamente, en la caricatura de los valores más nobles, para instalarse en amenazadora oquedad.

Todos estamos al cabo de la calle: sobre estas quisicosas de lengua pesa un veredicto unánime que las envuelve en un clima de pesadez, monotonía, aburrimiento. Hace unos años, cuando aún se estudiaba de veras el hecho lingüístico y éramos buenos lectores, se decía de alguien que llamaba la atención por su sosería, sus gestos alicaídos, que era más latazo que una lección de gramática. Espero que en este librejo no se encuentre ni sombra de ese conjuro adverso. Me han censurado [11] amigos y enemigos acusándome de no tomar muy en serio estos problemillas. Pero, me pregunto: ¿Pondré cara feroz, me vestiré solemne toga ante el señor que discute la ortografía de vestíbulo...? Si no la sabe, y su forma de porfiar indica que no acatará lo que se le diga, ¿qué gano yo con sacar tonillo de dómine y mandarle a los infiernos de las normas...? Si a las palabras de amor les sienta bien su poquito de exageración, yo creo que a los errores de lengua que están en la calle también les viene bien su poquito de zumba. No niego que la fría seriedad sería mercancía útil ahora, pero, la verdad, voy estando algo machuchillo para mudar de hábitos. Genio y figura vienen en mi auxilio: prefiero ver en la cara de mi lector una sonrisa amplia, disculpadora, y no el gesto vinagrillo con que oculta el solapado rencor hacia nuestra superioridad. Entre nosotros, no se toleran miradas de costadillo. Que tengas razón, sí, tenla; pero que no se note.

A. Z. V.

[12] [13]

- I -

Cartas al director

[14] [15]

Todas las mañanas leo con acezante curiosidad las sugerencias al director. No nos repiten los problemas tan reiterados de cada momento: la corrupción, los insumisos, la guerra de Bosnia, los anuncios del turismo cultural, el porvenir alarmante de las próximas elecciones. Responden a un ventarrón variable, sin norte fijo: cambian de meta que es un contento y, desde luego, suelen ser sorprendentes. Nos demuestran que nuestra engreída sapiencia se queda chica ante los avances de la curiosidad normal. Por ejemplo: sé de una persona amiga que ha escrito a un director para que le expliquen por qué ese inglés malvado mató a tanta gente y cuánto tardó en despachar a sus víctimas. Ella ha hecho cuentas, reloj en mano, y no le acaban de cuadrar. ¡Años, años le salen...! El periódico tiene la obligación de informar con qué arma o procedimiento urgía el viaje definitivo; si les daba o no anestésico y cuál si se lo daba, y si les permitía prepararse (rezos, testamento,

legados especiales). En su pueblo, alguien decidió quitarse de en medio a su señora esposa, y eso que estaban casados por la iglesia y toda la pesca, pero primero la consultó: [16] «¿Palo, piedra, precipitada desde la torre? ¡Escoge...!». Le atribulaba a mi amigo la grafía de «escoge». «¿Con ge o con jota?». Tuve que decirle que con jota si la elección era a muerte segura, y con ge si existía la posibilidad de sobrevivir. Consultará al periódico tan sutil extremo. Lo prefiere a que le expliquen lo de las industrias o los problemones de Asturias, o de Linares, habrase visto, los japoneses, ¿eh...? ¿En Linares? Toreros: Manolete y basta. Pero ya no recuerda si el diestro era de allí, o si era su novia, o el empresario. También sería gracioso, hombre, que hubiese ido a palmar allí, mira qué gracia. A pesar de tan trascendente página de la historia patria, ya ve, los naturales van y cortan las carreteras y el tren, y porque no tienen más, que si no... Otra deliciosa chavala, que busca trabajo donde pueda compaginar el atender a un teléfono, cosa que se le da de perilla, con resolver los crucigramas del suplemento dominical... Ésta tiene la carta preparada y ha mandado varias, quejándose de nombres de pueblos sin aquel ninguno, embutidos en el casillero con faltas de ortografía, vamos, no hay derecho. «Una no tiene estudios para que luego te hundan en una confusión así de grande. Ya verás, ya, cuando me conteste. Si no me lo aclara, ¡va a saber lo que vale un peine!». Y yo pienso en el director, desolado ante tales amenazas, pero, eso sí, le alejan de procesos por decir verdades claras, líos por pretender ser imparcial en este barullo de la vida nacional, que no se lo salta un... ¡Ojo, no digas lo que ibas a decir! Puede haber reclamaciones. Vengamos a lo cercano: ¿Protestas por el mal uso del lenguaje? A barullo. No saben estos eruditos que eso que no les gusta es lo que prevalecerá. Ya está en las antologías que todo [17] principiante maneja el librito de un maestro latino, don Probo, que hizo un repertorio de censuras idiomáticas: «No digas así, sino así». Y todo lo censurado es lo que ha hecho que las lenguas románicas modernas sean como son. No censuro la costumbre de marear al jefe con pronombres descarriados o con extranjerismos de matute, no. Hay que seguir haciéndolo, pero sin necesidad de torturar a nadie. Que lo publiquen por su cuenta, y dentro de ocho, diez siglos, también serán estudiados por los rapacinos de EGB (Si queda EGB y rapacinos) ¡Les estoy brindando la gloria! ¡Del mayor interés en ese futuro serán las alusiones a la pobreza informativa de las guías de viajes! ¡Lo que disfrutarán nuestros herederos cuando sepan los precios de hoteles, y si se admiten caballos o fieras en las habitaciones! Como es probable que muchas de nuestras ciudades turísticas sean ya ruinas polvorientas, será mejor, en vez de denunciar que ignoran el nombre de la finca donde tomaba el sol en pelota una estrella del cine y se cambiaba de postura a cada foto clandestina, será mejor, digo, que escriban una sentida oda a las ruinas: «Aquí estuvo la imperial Toledo, / gloria y honor de nuestra España. / A tocateja y deprisita, / todo español con pastizara / ayudó a rehacerle las fachadas. / De interiores no quedó nada. / Lo cual está bastante feo, / llámese Madrid, llámese Toledo». ¡La de congresos que se celebrarán para estudiar el ritmo, la sinalefa y el hiato, las imágenes, las influencias y la caligrafía del autor...! Yo me voy a inscribir hoy mismo: no quiero quedar mal ante el afán cultural de los compatriotas grafómanos. Sí, sí, hay que seguir escribiendo cartas, apostillas... Es manera segura de pasar a la Historia. [18] [19]

- II -

Contestaciones para todo...

[20] [21]

No están de moda las florestas de dichos, ocurrencias, etc., que tan prestigiosas fueron en otras épocas. Y, de veras, es una lástima que así ocurra. Los que tenemos fama de ser algo burlones, de habernos puesto el mundo por montera y detenernos, quizá en demasía, en las necesidades humanas, no tenemos, por lo general, dotes de recopiladores. No sabemos distanciarnos del hecho. Y se haría un gran servicio a la Humanidad más o menos prójima recopilando estos centones de simplezas (algunas al borde del heroísmo por su tozudez y su hipérbole congénitas). Servirían, sin gran esfuerzo, de llamada al orden, ayudarían a establecer un muro de cautelas ante la cháchara desbordada y vana. No hay más que pararse a oír un poco lo que se desliza en conversaciones o en reuniones de cualquier tipo (a veces entre personas socialmente acreditadísimas de sensatas y bien pensantes). Aseguro que la mayor parte de esas quisicosillas que, vestidas de disculpada broma, aparecen en mis narraciones, las he oído en serio alguna vez, y quizá hasta la persona que las decía suspiraba de añoranza, de frustrada [22] pena por algo anhelado... He aquí algunas de estas menudencias que, de entre varias edades y de variopintos hablantes, han buscado alojamiento en mi memoria.

Veamos una riña matrimonial. Los motivos del desacuerdo son realmente vulgares: los precios, cada día más desorbitados; las inútiles horas de cama, tanta gandulería, hombre, ya está bien; disgusto ante la comida, más salada que ayer, no me digas que no te avisé; comportamiento indigno con unos amigos invitados, te pisabas la cara, anda, que si hubiera sido al contrario... Los argumentos pro y anti los adivinamos. Deben de ser tan viejos, tan repetidos... También la bronca usa, exigente, de una retórica propia. En este caso, la mujer es particularmente irascible. Ya hay mucha vecindad asomada a las ventanas del patio, quizá hagan apuestas sobre el resultado final. Las blasfemias vuelan que es un contento, y las amenazas de abandono primero y de asesinato después comienzan a escaparse de los labios coléricos, se estrellan contra los quicios, se vuelven contra quien las ha pronunciado... Fatigada, la mujer recurre a las lágrimas. «Con lo que he hecho yo, una esclava toda la vida, que no te he faltado nunca, y he tenido tantas y tan buenas ocasiones, ¿eh? ¡Ay, si yo hubiera hecho caso a mi madre! Me paso la vida encerrada entre estas cuatro paredes y tú, de pendoneo». La mujer ha mirado muy significativamente a las paredes al aludirlas, se ve que quería contarlas, comprobar que, en efecto, eran cuatro. El tonillo, de una dramaticidad opaca, pero eficaz, comienza a trocarse: la mujer adivina que va a ganar, que los desagavios en figura de mimo [23] o de regalo costoso ya están brotando, ya... Y entonces, él, disfrazada la voz, húmeda la mirada, se acerca a la mujer desgreñada y llorosa. Ella se dispone a sonreír, a perdonar todo, a reanudar, como si tal cosa, la concordia sacramental... Y aquí sobreviene lo inesperado. Él le acaricia el cuello, le levanta un poco la cara, como para besarla, y grita furioso: «¡Viva el Real Madrid efecé!». Y la suelta. Se acabó el jollín. Por si acaso, ella se hunde en otro lugar de la casa, él pone en marcha la televisión, una campaña contra los residuos no biodegradables, tan ilustradora...

Doña Esperancita usa siempre el diminutivo porque es muy menudita. De lo malo, poco, le decían siempre, y la encocoraba a rabiarse. Pero cuando alguien le reveló que era recurso empleado por grandes escritores, hasta el Arcipreste, allá en el siglo XIV, muy para allá en la Historia, lo decía, ella misma se empeña en presentarse como muy chiquita, un fleco

dulce de coquetería en la voz. Doña Esperancita ve, siempre atenta, el tiempo y las noticias de esas revoluciones que pueblan y torturan este repajolero mundo. En el rellano, cuando se cruza con otro vecino, saca siempre la misma conversación: «Tantos muertos ayer en una playa, ¿no lo sabía? ¡Todos de buena familia, no se vaya a creer...! ¡Ay, Dios mío, los Santos Lugares...! No van a dejar títere con cabeza, a ver, fíjese usted, qué manera de sacudir zambombazos... ¡Este mundo anda de cabeza...! Pues, ¿y las inundaciones que se llevan todo lo que pillan, y las presas que se derrumban, y... y...?». Doña Esperanza se encierra en su cuarto y, ante una imagen del Corazón de Jesús (por cierto: está bizco, y por [24] eso pagó quince pesetas menos, los tiempos andan muy achuchadillos, en fin, menos da una piedra), reza, compungida: «Señor Todopoderoso, cuida mucho de la provincia de Teruel, donde tengo una finca de regadío, y donde presto dinero a casi todo el pueblo. Cúdamelos, no vayamos a jeringarla. De las otras provincias, no dejes de hacer la justicia que te corresponda. Amén». Doña Esperancita es un encanto de piedad, y no lo es más porque, como es tan pequeñita, no le cabe.

Ahí sale don Facundo, el Grumete, que, una vez, hizo un viaje de polizón hasta el Brasil, desde Canarias, donde lo tenía recogido un tío cura que, asegura él, le enseñó muchas picardías. Don Facundo, el Grumete, cuenta su viaje, con innúmeras variantes, todos los días, dos veces por lo menos. Se pavonea de no haber trabajado en su vida, nunca, y sobrevive de lo que el tío cura le legó. «Qué bondadoso mi tío, ¿no verdad? ¡Un espejo de virtudes que sabía latín!». Hoy, mediado junio, con motivo de la lluvia tardía y pertinaz, ha vuelto a contar su viaje, esta vez bastante pasado por agua. Cruzaba paralelos, trópicos y eclípticas en un santiamén. Y los aguaceros ecuatoriales se devanaban de su boca como rezos y admiraciones sin límite. «Y yo, entonces, fui...». «Menos mal que yo estaba al quite...». «Yo, por si las moscas, no me moví». «Cuando se desplomó el muro aquel, arrasado por el torrente, yo...». Todo el mundo le escucha complacido. Todo lo más, algún impertinente se atreve a rechistar: «¡Ese detalle no lo contó usted la otra tarde...!». Entonces, don Facundo, el Grumete, se levanta con señas de encendido enojo, se ve que le molestan las interrupciones. Da un [25] marcado y viril sombrero y explica: «Con permiso de los circunstantes, señoras y señores, un servidor les abandona. Me voy a mirarme el ombligo media horita. Necesito sosiego. Ustedes lo pasen bien». Siempre, siempre duele el silencio cuando don Facundo se marcha, calle abajo, nadie sabe dónde, seguramente a un sitio cómodo, donde mirarse el ombligo sin pestañear.

Y así y así y así... Es doloroso, muy doloroso este dominio de la gente seriota, desparramada por todas partes, dispuesta a considerar fuera de la ley estas manifestaciones de personalidad. Y, sin embargo, ¿no hemos pensado todos alguna vez en que un ¡viva! a destiempo o a tiempo oportuno salvaría una situación...? Un hurra al Real Madrid o al gigante Mercurión, el de la procesión del Corpus, qué más da. Y a todos nos ha molestado la posibilidad de que una tormenta se lleve nuestros tiestos, y eso que no son una finca, pero sí de regadío, a la vista está. Y tanta y tanta aventura televisiva y cinematográfica, Peter Pan o la Bounty, nos han arrastrado a cruzar mares insospechados, y a hacer de grumete para luego contarlo, ¡ay, esas largas veladas invernales, cuando nos gustaría tanto imitar a don Facundo en su deporte favorito...! [26] [27]

- III -

De chicos y de libros de chicos

[28] [29]

Me piden de Alacena unas líneas sobre las cuestiones que la revista trata. Ya tenemos el primer tropiezo. La mayor parte de las inquietudes de esta publicación tiene que ver con los niños, son los problemas de lo que leen o dejan de leer los niños, y de cómo ayudarles a introducirse en esa gran aventura de llenar las horas muertas con un libro. Ahí es nada, con la de espantos que nos endilgan todos los días, y en cualquier parte, sobre lo poco que leen los españolitos, el índice de tal o de cual cosa, muchos índices, que delatan, todos escandalosamente, cómo nos molesta lo negro. Yo creo que no es para tanto: lo que ocurre es que los que leen son los que leerían mandase Juan o Pedro. No debemos pensar que por virtud de unos decretos más o menos exigentes todo el país se ponga a leer a la vez y a horas determinadas. Me horroriza el duro silencio que nos envolvería en ese ratito de universal lectura... ¡Ah, en alta voz, no...! Basta ya de bromas pesadas: ya tenemos bastante con los decibelios de los «conciertos» actuales...

Yo creo que los educadores sabrán las sutiles [30] trampas seductoras para que los peques lean, para que sean felices acariciando un libro con el mismo fervor que despliegan cuando se encaprichan con un juguete. Mi infancia estuvo llena de libros, baratos, de quiosco, y de juguetes comprados en el Todo a 0,65. ¡Aquellos cuentos de pequeñísimo formato, que venían en cajitas de diez títulos, atendían por Cuentos de Calleja, la marca editorial...! Los pequeños volúmenes tenían, inevitablemente, dos ilustraciones a página entera, grabaditos en madera que aludían a combates triunfales, animales portentosos, hadas milagrosas, guerreros invencibles, paisajes lejanos y desconocidos... Se pone de pronto en pie en la memoria, la estampa de la anochecida inverniza, enganchándose el crepúsculo en los barrotes del balcón, agrupada la familia en torno al brasero de la camilla, los mayores comentando el periódico del día, o jugando, monótonos, a las cartas, los medianos pinchando y volviendo a pinchar la galena de la radio, montada sobre una caja de puros, caja quizá rescatada de la basura. Se habla de la guerra en África, preocupan los cambios de la moneda, de los viajes que, a borbotones, empiezan a ser fáciles y baratos, ya superadas las consecuencias de la Gran Guerra... Y se vuelca la tristeza sobre la sequía... Ya había sequías, y los más viejos recordaban otras sequías peores... Y el Gobierno piensa hacer muchos pantanos... Y mientras tanto, los chicos andamos a vueltas con los cuentos, charlamos de ellos caudalosamente, ponemos a los mayores en la frontera de la vergüenza cuando no saben decirnos qué significa tal nombre o dónde está tal ciudad... Seguimos sin saberlo, pero, ahora, ya pateado algo este repajolero mundo, nos llena de escondido orgullo haber reconocido [31] muchas de aquellas ciudades en una torre, en un puente, unas murallas, la revuelta de un río... Sí, sí, aquí pasaba aquello...

De aquellos cuentos diminutos (llegaron a comprarse en los tenderetes ambulantes del Retiro o de la Armería, a cinco céntimos, andando el tiempo a diez...), pasamos a otros grandotes, pocas páginas, ilustraciones en color. Ya salieron por allí Pinocho, y La Bella Durmiente, y Pulgarcito. Todos hemos sido alguna vez el avisado héroe que va dejando huellas de su paso para, reencontrándolas, regresar sin pérdida y temprano a casa, aunque,

la verdad sea dicha, muchas veces nos hubiera gustado no volver, a ver si de una vez nos hacían caso. («¡Estos pesados, siempre con la misma canción! ¡Tú, a callar! ¡Los niños hablarán cuando meen las gallinas! ¡Tú te vas a la cama ahora mismito, que esperamos a don tal o doña cual a cenar! ¡Estos chicos hablan como golfos, qué palabrotas sueltan, Señor...!»). ¡Qué escaso repertorio el de los mayores, ¿no verdad? Aquellos cuentos grandes, casi tamaño folio, la verdad, no hacían más que convertirnos en muchachos tamaño mocito, no eran tan ilusionantes como los pequeños, por la sencilla razón de que daban más que hablar a los mayores: todos los conocían, todo bicho viviente sabía su argumento, todos tenían algo que apostillar a nuestra lectura, algo que aclararnos... En cambio, en los cuentos pequeñitos, nadie solía caer en el chiste que, a manera de colofón, venía en la última página. Pero había que agradecerlo, a ver, si no... Observaban, sapientísimos, que los chistes solían recaer en lo mismo: baturros tozudos, andaluces fardones, valencianos [32] aparatosos, gallegos así y asao, y, claro, había que agradecerlo, todos habían tenido el gesto pródigo de olvidar por un instante su jugada de mus, o de tute, o de siete y media, para decir, tan repantingados, colofón, lomo, reclamo, guardas, diente de perro, quisicosas que tienen que ver con los libros, quién lo iba a pensar... Por cierto, colofón, ya ven, sí parece algo feo...

Más adelante, el libro fue la materia esencial de los Premios escolares de Navidad. Todos esperábamos ilusionados, intranquilos ante la posibilidad de tener ya el título que nos saliera en suerte y, era la técnica de las personas sensatas, vernos obligados a regalarle aprisita. ¡Qué vivo gozo si podíamos cambiarle con algún compañero confinado a parecido trance...! Allí salieron, por vez primera, Los tres mosqueteros, Genoveva de Brabante, Los Nibelungos, La Odisea, las novelas de Julio Verne o de Emilio Salgari y, prolongado deslumbramiento, el primer Platero y yo. Mientras la gente, arropada en niebla y tristeza navideñas, suspiraba por la lotería, que en esos momentos estaría rifándose, nosotros, apoyados en un quicio, o sentados en el bordillo de la acera o en un banco del jardín, aún revestido de escarcha, mirábamos nuestros libros flamantes, con sus encuadernaciones de piel roja, incrustaciones por letras, aparatosos grabados... Todavía debe de andar por lo que fue mi biblioteca la edición del Quijote, grabados de Gustave Doré, imprenta Jubera Hermanos, Campomanes, 10-Madrid. Teníamos ocho, nueve años, y eso era familiar y valioso. Nadie se había preocupado por hacer de la lectura una disciplina... Solamente la luz, el [33] aire familiar, las exigencias colectivas... No sé, pero leíamos. Así puedo explicarme que, ya en años universitarios, se estuviese ahorrando el dinero del autobús o del tranvía, día a día, para tener, cuando, abril arriba, llegase la Fiesta del libro, las pesetillas necesarias para comprar libros en cantidad suficiente para tener derecho al volumen especialmente impreso para esa ocasión, libros que hoy son orgullo de muchas bibliotecas privadas: facsímiles de la primera edición de Boscán y Garcilaso, las Rimas de Tomé de Burguillos, de 1935, o las Rimas becquerianas, 1936, ya la Guerra Civil insinuándose.

Y ya en el bachillerato, cuando oigo hablar de los problemas que nos acosan, me surge en el recuerdo la Biblioteca literaria del estudiante, editada por la Junta de Ampliación de Estudios, en la que, por muy poco dinero, nos familiarizábamos con Lope de Vega, Calderón, Alarcón, Lázaro de Tormes... Había en sus títulos un delicioso Cancionero tradicional, preparado por Martínez Torner. Aprendimos allí, en vivo y rectamente, la música de nuestros campos y nuestras aldeas, además de la de muchas canciones clásicas,



ya tradicionales: Molinico que mueles amores; Isabel, has perdido la tu faja; Romerico, tú que vienes: Madrugaba el Conde Olinos... Ahora, algo ha pasado que juzgo exige detenido examen de conciencia: he visto que estas canciones son manejadas y aprendidas, en algunos colegios, ayudándose de un cancionerillo ramplón, hecho por una profesora inglesa, inglés hasta el título... ¿Cómo entonarán Morená saladá estas bocas eruditas...? Quizá, para devolver la pelota, funcionarán estos cánticos [34] tan nuestros como el inglés reiterativo de los rokeros, frases que siguen y siguen repitiendo y no creo que entiendan gran cosa de lo que dicen...

Quizá por todo esto, hice una minúscula heroicidad, casi clandestina. Ando por los buquinistas parisinos, ya de vuelta a España, hacia los amenes veraniegos de 1957, 58... Y gasto todo mi dinero, lo que me quedaba para el viaje aún de dudoso desenlace, en un libro. Reposará en mi biblioteca cacereña. Los Cuentos de Perrault, espléndidos dibujos y mejores láminas, encuadernación lujosísima en cuero azul, con mil adornos dorados... Un profundo perfume sonreído manaba de su interior, al pasar las hojas deprisa, el que, seguro, desprenderá todavía, seguirá desprendiendo cada vez que alguien le abra para reconocer allí largas horas de infancia feliz, lejana, eterna en la raya última de la memoria.

Y ahora me parece recordar que en la petición de Alacena había algo así como «unas palabras sobre Diccionarios». Pues allá van, por mí que no quede: «¡Ay, los diccionarios...! ¡Lo que pesan, los Diccionarios...!» [35]

- IV -

Problemas ortográficos

[36] [37]

Nunca hemos tenido tanta solicitud por hablar bien y escribir mejor. Las encuestas de rigor señalan una audiencia gigantesca para los estudios que apuntalan la corrección gramático-léxico-dietética. (El último componente corresponde a los hablantes que se comen sonidos, palabras enteras, el papel impreso, etc., feísima costumbre). No hay oyente de la tele que no apostille algún comentario sobre las genialidades de presentadores y locutores en general, que, no me diga, parecen extraplanetarios por las novedades que nos endilgan. Bueno, bueno, no nos perdamos: es muy necesario estar al quite y ayudar a tan sano, esforzado y machacón propósito: que nuestra lengua (¡la de Cervantes, nada menos!) se escriba y se pronuncie pero que muy bien. Con ese designio, aquí van algunos consejos a vuela pluma, nada disidentes de la ortodoxia y facilitos de retener. Responden nuestros ejemplos, además, a la circunstancia más atroz.

Hay palabras muy cizañeras desde el punto de vista ortográfico. ¡Cómo marean los consultantes con [38] ellas, una vez y otra! Se ve que no saben que por cuatro perronas pueden adquirir la Ortografía académica, libro universalmente obedecido. Pero, a veces, lo comprendo: la norma se queda, como nos vamos quedando muchos humanos, marginada. El venerable código no tiene lo bastante en cuenta el peso atroz de la realidad que cubren o

disfrazan los vocablos. Por ejemplo, vestíbulo - bestívulo, duda frecuente. Son naturalmente, la misma cosa. Pero dada su utilización por sociedades tan diferenciadas, será útil distinguir: acordemos que bestívulo será para nombrarle como lugar de entrada: se suele entrar a lo bestia, aprisa y corriendo, sobre todo si llueve a cántaros o si caen carámbanos de punta. Vestíbulo, en cambio, designará el lugar de salida, y así lo podemos relacionar con veste, vestido, vete y no vuelvas, etc. Desde luego, se suele salir vestido cualquiera que sea la disposición, ornato, etc., del vestíbulo, so pena de amargos tropiezos con los municipales. También podemos lanzar a la circulación bestíbulo, diáfana, pluscuamperfecta y eruditísima boda de bestia y bulo, de lo que hay ejemplos muy conocidos. Andadura, tan bonita ella, puede escribirse con h si es ya el regreso de una buena paseata, con agujetas, hambre y discretillo cabreo: Handadura... Dosómetro, aparato para medir el rocío caído, convendrá diferenciarlo de 'medir dosis de medicinas, horas de trabajo, etc.' Bastará llevar el acento a la o final, y así será no sólo el rocío lo que registre, sino la frecuencia de los tiritones y el castañeteo de dientes. El chisme es muy manejable, cabe en el bolsillo. Oleado quedará estupendo para todo cuanto esté emparentado con 'aceite'. Convendrá, sin embargo, ir eliminando la referencia a quien haya recibido los sacramentos [39] últimos: nuestra felicísima España actual ignorará los pensamientos tristes. Deben desaparecer hasta del Diccionario. Pero holeado puede servir para el artista atiborrado de entusiastas oles y olés (Referido al que suelta o recibe muchos hola, ni se habla: fue una ingenuidad de un clásico, enredador y guasíbilis; lo mismo se hará con 'el que se ahoga en la playa, luchando con las olas'. Dada la refinada cultura en medicina forense que hoy existe, nadie usará tal vulgaridad). Vaina, 'persona frescales, tunantuelo', puede ser baina si el interlocutor pertenece a la sufrida y renqueante tercera edad. Vajilla será la de los días opulentos, porcelana vistosa, inglesa, sajona o de Sèvres mismo. Pero bajilla nos evocará la de loza peleona, de Talavera, Muel o Manises, sobre todo si está ya por los bajos de la casa, es decir, por los suelos, después de haber servido como arma arrojada en la trifulca matrimonial. Duenario deberá ser sometido a nueva codificación: no podemos mantener el equívoco entre 'ejercicio piadoso durante dos días' y 'estado calamitoso de la economía personal'. Clara la etimología, vaya que sí: de duelo y erario, 'hacienda sonante'. Quizá pueda resolverse duplicando la n, duennario, para los rezos. Doblar la penuria resulta ya imposible.

En fin, que no hay que preocuparse por estos problemillas que nos acosan. ¿Que no nos gustan los trueques de vestíbulo? Entremos y salgamos por la ventana y recurramos al viejo rosario de recibimiento, zaguán, ingreso, atrio, recepción, entrada, o al más finolis jolcito. ¿Andadura, handadura? Volvamos a la bici. Es cómoda, ecológica y tal, aunque no elimine las agujetas. [40] ¿Duenario...? Se anula el viejo valor piadoso. La gente sigue rezando por si las moscas, vamos, por si falla el amigo del infierno que recomienda el refranero, pero reza para adentro. Hacia afuera, no aparenta progredir. En cambio, el valor 'duelo por los monises evaporados', aparte de ser el más usual, será el más zarandeado por la clase gobernante. Mientras tanto, pasta, pastón borrarán a chelín, 'moneda', y podremos seguir llamando Chelín a nuestra adorada Consuelito. El método puede afianzarse con un poquito de atención y buena voluntad: galvana es la gandulancia artística, de clase bien: procede del ilustre Galván, personaje épico. Galbana es la vagancia nacional, colectiva. (En Andalucía y otros lugares, garbana). En fin, entre todos, saldremos de la crisis idiomática, y de las otras que vayan llegando. [41]

- V -

Fruta del tiempo

[42] [43]

Cada vez que el horizonte cotidiano nos regala con una sorpresa, una ausencia llamativa, un clamor, no sé, algo, algo que, de pronto, notamos con vida escondida, con simulado aliento, enseguidita, sin pararnos a pensar mucho en el quid, se lo colgamos al tiempo: debe de ser fruta del tiempo, proclamamos doctoralmente, y nos quedamos tan panchos, orgullosos de tan extraordinario descubrimiento, felices, protegidos. Es el tiempo, a ver si no: es fruta del tiempo, eso es. Seguramente se trata de una conjunción de planetas y borrascas primaverales, y decretos asustadizos, que se topan con la horma de su zapato, tan enranciados nacen... Pero lo cierto es que, en los fines de primavera, se prodigan caras largas, refunfuños, zancadillas, quizá blasfemias degolladas entre dientes. Y lloriqueos, muchos lloriqueos. Todos los chavalines andan estos días al retortero con las evaluaciones, palabron que no figura para nada en su horizonte, pero que, al parecer, todos han de soportar. Ni los enanitos del cine, ni los vaqueros valerosos, ni John Wayne sacudiendo leña a unos tozudos indios que resucitan [44] una y otra vez, dicen nunca evaluación. Y no digamos ya los dinosaurios. Y eso que dada su universal circulación, seguro seguro que saben muchas lenguas. Pues nunca se les ha pillado en trance de someterse a evaluación alguna. La palabreja evaluación alude a un tormento horrible, ajeno a toda felicidad. Se impone recibirla con cara larga. Sí, señor: evaluación es una puritita calamidad, desterrada de la lengua común, sensata, de orden. Pero dejemos a los rapacinos y vengamos a los otros, los más crecidos, los jovenzanos, los que, además de evaluación, saben decir lindezas como Pitágoras y polisíndeton, el coseno de no sé quién, la cuarta declinación y el peso específico, los aoristos y los isótopos... Y por ahí adelante. Éstos palidecen ante la voz selectividad, que, como es de cajón, tampoco figura en su léxico. En ninguna letra de los Beatles o de Serrat se oye selectividad. Y no se nos ocurrirá nunca ir a buscarla en La máquina de la verdad y sus poliglotosismos. Nada, nada, mala cara también a la selectividad, esa grandísima murga. ¡Estaría bueno, cuando podemos usar daiquiri, pub, marketing, software, ir a meterse en ranciedades como selectividad, cosa de viejas beatas...! ¡Es que tiene la gente cada ocurrencia...!

Pues olvidémonos del personal mayorzote, con crecederas periódicas, y pasemos al respetable ya madurito. Esta pobre gente, está lo que se dice malviviendo. Andan a la greña por tanto divorcio sin lograr tranquilidad, que luego... Están ahogados en requisitorias, comparencias, facturas, encorvados de tanta y tanta cola en las oficinas de empleo, y más que fatigados de tanto aplaudir cuando los ilustres variopintos sueltan su [45] armonioso y cultísimo ¡muuuu! Pues, mire usted a estos buenos tipos, también con cara larga, enseñando los dientes como marchamo de autenticidad y estrellando energías en vano (algún que otro juramento, retorcer con furia una colilla con la punta del pie, miradas de través a su consorte, embobada ante un lujosón escaparate de frivolidades...) Este suburbio social está ahora lleno de una palabra que, al parecer, no se entiende, ni aclaran los diccionarios: la renta. ¡Tan bonita que era antes, cuando la renta significaba «cobro» y no angustias y

toneladas de papel...! Bueno, no hay más que escuchar a los viejos, nostálgicos de la cédula personal. Los viejos, pobres, no necesitan poner cara larga: la vienen enseñando desde que las encuestas se inventaron, a ver, no tienen otra que sacar. A gruñir se ha dicho, a encontrarlo todo patas arriba y, si se dejan invadir de insidiosas dulzuras, a soltar despectivos «¡En mi tiempo...!», «¡Cuando yo hacía estas cosas...!», «¡Si hubieseis seguido mis consejos...!». Y venga morro universal, pluscuamperfecto, que todo quisque está al cabo de la calle: estas chorraditas de los vejestorios, hasta los mismos que las sueltan saben que son mentirijillas dignas de mejor empleo.

En la vida pública «las caras andan más presentables». No hay más que abrir la televisión. Aparece el jefe de no sé qué, volcando indignidades sobre el rival, a la vez que zarandeando, impudicamente, el número de votos, los esfuerzos más que heroicos por la solidaridad y el sacrificio, y, visto y no visto, pone del revés la historia nacional. No hace falta escarbar mucho para tropezar con la réplica. Y ahí ya oímos palabras de las [46] que no suelen decirse casi nunca, todas prohibidas. Como estos tiernos interlocutores son ya mayorcitos y, por lo general, han aprobado la selectividad, les sale Calderón en ropas menores (también puede salir un sargento de confianza de Calderón, si es el dramaturgo en juvenil, o un sacristán pejuguera si es el Calderón ya machucho), y nos marean a todos, hasta ponernos la peor cara posible, la de idiotas irredimibles. A ver, tanto honor, tanta altisonancia... ¡Hombre, así, cualquiera!

Y, entre tanto, la casa sin barrer y la mala cara llegando muy muy abajo. Al mediodía, nos da en la puntita del esternón. Después de la siesta, llega al ombligo y, con el cosquilleo, regurgitamos unas monerías que para qué. Menos mal que, a la tardecita, sosiego fingido, nos traen innumerables papeles para declarar a Hacienda nuestra fortuna, no vayamos a pecar malgastándola de mala manera. ¡Fortuna, ay, fortuna cegata, casquivana...! Es mucho mejor poner buena cara, la que el refrán exige al mal tiempo, y, silbandillo un cuplé benévolo (Madelón, Madelón; A las barricadas, a las barricadas; Cuatro cabezas he cortado...), largarnos a ver tiendas, a reconocer los anuncios luminosos, a curiosear por la romería del Santo o a sufrir pisotones a la salida de los toros. Y, luego, ya cansados, pero con nuestro léxico íntegro, sin haber arrinconado o repudiado palabra alguna, apoyar la cabeza en la propia desolación y sonreír hasta dejar la sonrisa olvidada en el quicio de un portal. Sólo entonces nos daremos cuenta clara de que hay otras palabrejas que (sí, claro, es cosa del tiempo) andan esquivas por unas semanas, primavera extinguiéndose: tranquilidad, sosiego, despreocupación, [47] beatitud... Y que, también temporalmente, son sustituidas por otras machaconamente reiteradas, hasta el hartazgo, pero, a pesar de la acreditada libertad de imprenta, no está bien escribirlas, qué va. Además, que al sólo recordarlas, la cara empieza a crecer, a crecer, y eso, ya... ¡De ninguna manera! ¡Qué se habrá creído esta gente, todo el mundo con cara larga...! ¡Hombre, que no se diga! ¡Venga, venga, a sonreír, mañana será otro día! [48] [49]

[50] [51]

La aparición de Valle Inclán en las carteleras cinematográficas no es ahora una inusitada sorpresa: ya figuró con anterioridad (Sonatas, Luces de Bohemia) y siempre con inevitable polémica. Ahora se resucita la cuestión con el estreno de Tirano Banderas. Esto nos vuelve a poner en pie el problema de la recepción de la novela en amplias capas de lectores. El lector medio tropieza enseguida con un léxico que no le es familiar y de ahí el inmediato rechazo. La sensación de apartamiento crece con la sintaxis llamativa y con el despliegue del rápido devenir argumental que allí se exhibe y que, al no poder ser localizado con precisión en horizonte alguno, siembra desasosiego y confusión en el ánimo del lector-espectador, tan mal acostumbrado hoy a la facilonería y a la tramposa comodidad. Sin embargo, Tirano Banderas es un libro extraordinario: sigo pensando que es la gran novela del siglo en español, y la lengua en él empleada es por sí sola el gran monumento a su propia condición. Valle pretendió dar la sensación de una ilusoria república hispanoamericana, sin que pudiese ser rotundamente [52] señalada en límites o mapas. No es esta o aquella colectividad, sino que tiene signos diferenciadores de muchas de las existentes y va de una a otra ribera del mar en estrecha compañía. Nada mejor para tal intento que utilizar una lengua elaborada con rasgos de todas las provincias del idioma. Aunadas las variantes, revestidas de una construcción no general en la península, esa lengua retrata personajes fascinantes, acude, dócil, a la fabulación sintética de un imaginario país donde todos cabemos y nos reconocemos, sirve de vehículo de pasiones, esperanzas, fracasos, y logra envolver en maravilla artística lo que, en su previa dispersión, no superaría la helada escombrera de un diccionario. Tal es el prodigio de esa «lengua hispánica», ya no española, en que Santos Banderas se desvive, balanceándose entre extremos de crueldad infinita y de delgada ternura.

Hoy no entiende un lector primerizo la novela, precisamente por tropezar con esa barrera, la lengua utilizada, que es, sin embargo, su mayor seña de identidad. No me extraña: cada vez la entenderán menos las gentes ancladas en una parcela determinada del idioma. A principios de siglo, cuando Valle comenzaba su brillante camino de creador, esa lengua se entendía mucho más. Abundaban por las calles madrileñas, o peninsulares en general, los hispanoamericanos. Cuba, Puerto Rico, en parte la Dominicana, eran territorios arropados de coterraneidad (incluso Filipinas: no es azar momentáneo la asomada de filipinismos en Los cuernos de don Friolera). Eran muchas las personas que iban y venían de un lado a otro, o tenían parentela en las dos orillas atlánticas. Con la revolución mexicana y el subsiguiente [53] descalabro económico, muchos emigrantes, familias enteras, regresaron a la península, a estrenar una nueva vida. Muchos de ellos siguieron empleando el español aprendido allí, en lucha con su condición marginal, dialectal con frecuencia: solían ser asturianos, gallegos, leoneses. Los jóvenes incluso habían nacido allí. Y todavía más: las celebraciones centenarias de la Independencia acarrearón vivo intercambio de gentes, compañías teatrales, embajadas comerciales, declaraciones solemnes... Es decir, hubo un frecuente y fructífero vaivén que, por desgracia, se fue limitando y olvidando (no fue el menor obstáculo para ello la guerra mundial de 1914-1918, por su obligada mutilación del tráfico naval). El mismo Valle trasladaba su personal experiencia americana a sus libros, y distinguidas personalidades hispanoamericanas pasaron largas temporadas en Madrid por los años veinte (Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Gironde, Francisco de Icaza, Borges, tantos otros...).

Tirano Banderas se publica en 1926. Hoy, esa compenetración se realiza de otro modo, pero las variantes locales se agravan y acentúan ante la nivelación de la lengua culta. De ahí la idea equivocada que envuelve en desdenes muchos matices de ese léxico privativo. ¿Por qué no reaccionar igual ante las parcelas peninsulares, las jergas, el léxico taurómico, el carcelero, el de los narcos, el fugaz cheli...? La gran lección de Valle ha sido saber aglutinar todas esas esquivas variantes y cotos cerrados en una lengua superior de ahilada, estremecedora belleza y hacernos transitar a todos por su cauce. Cosa que hacemos satisfechos, una cenefa [54] de gozo en la voz y en los pensamientos. Valle supo adelantarse a la exigencia que tiene aún en carne viva la lengua española: la de mantener la unidad espiritual por encima de localismos y de modas, y mantenerla en toda la desorbitada geografía donde la historia la colocó. Lo cual implica, además, el amoroso respeto por las variantes locales, portadoras todas de un hálito riquísimo de vida y de historia.

La película que clama ahora desde las carteleras contribuirá, y mucho, a limar diferencias. La imagen ayudará a que penetremos en el interior de los personajes. Es indudable que la película no puede intercambiarse con la novela: son entidades diferentes. Pero se apuntalan la una a la otra con holgada plenitud. Temo que la visión del público, educado en un cine estrepitoso, plagado de efectos especiales y poco ángel (eso que, abusivamente, llaman de acción) o detenido simplemente en bobadas seudopsicológicas, no reciba calurosamente la nueva película de José Luis García Sánchez. Peor para esos espectadores adormilados. El buen paño en el arca se vende y la película (¿sería tan fácil hacerle reproches!) tiene bellos aciertos, sugiere ambientes, escarba en el trasfondo colectivo. Pondrá en pie, en nuestra conciencia, la trágica mojiganga del dictadorzuelo sanguinario, preocupado, a su manera, por la andadura de su país, y sin el tino necesario para lograr sacudirse la corte de aduladores mediocres, borrachines sin freno y tunantes vividores que forman el horizonte humano de este salvapatrias. Con un poco de esfuerzo, Tirano Banderas debe ser leído por nuestros jóvenes con mucho más provecho y fruición que las vulgaridades disfrazadas con falsa pedrería, tan premiadas [55] y alabadas en los medios y en la cháchara vana de pasajeras tertulias. Alimentará más que muchos viejos libros consagrados y desprovistos de invocaciones a la propia personalidad. Incluso servirá su lectura de revulsivo frente a algunas obras de notoria calidad literaria: las mismas Sonatas. Leída con atención, Tirano Banderas (y la película hará que en ocasiones nos entreguemos a la búsqueda) nos obligará a recapacitar, a explorar el contorno con cuidado, repentinamente angustiados por la descomunal injusticia circundante, oculta, en ocasiones, por una sólida capa de cosméticos y ponzoñas... Ese escalofrío del descubrimiento de nuestra posible complicidad, ese súbito alerta en vilo, ¿no es bastante compensación ante una lectura que sólo al principio resultará dificultosa? [56] [57]

- VII -

La voz de la calle

[58] [59]

Siempre me ha gustado destacar uno de los rasgos más claros de la creación literaria española: el eco, clamoroso a veces, de la voz de la calle. Es algo escurridizo y sin límites precisos. Mana en léxico, en gestos, en contenidos -supersticiones, refranes, leyendas, recuerdos de instituciones, etc.- Lo más significativo es que aparece como nexo integrador, que aúna a todos los grupos sociales. El teatro de Lope de Vega es un feliz ejemplo, a la vez que un repertorio cumplido de estas manifestaciones. Toda la comunidad participa en la boda de Peribáñez. El Comendador corre tras el toro enmaromado con igual empeño que el gañán. Trozos tenidos tradicionalmente como prodigios de escritura en el Guzmán no son más que diestras ampliaciones de una frasecilla popular. Santa Teresa describe la levitación con palabras rústicas, etc. Este Madrid de nuestros pecados se ha transformado asombrosamente, pero en mis años de chavalillo dominaba la lucha entre los modos cortesanos y los rurales, aún se jugaba en la calle bajo los toques parroquiales, se cerraban las tiendas al paso del Viático y la [60] gente se incorporaba al séquito hasta la casa del enfermo. Todo el vecindario se amontonaba en la quermés de la verbena y procuraba salpicar su habla avulgarada con tecnicismos (jurídicos, eclesiásticos, políticos) para engañar su pobreza cultural: la susodicha, «la mujer, la esposa»; el sursuncorda, «el tipo más importante». Así se disfrazaba la atroz penuria, tanto material como espiritual...

Pues parece que eso, que creíamos borrado por la elevación del nivel cultural, está vivo y coleando. Pongo la tele. Hemos ganado en sinceridad, de veras. Ya no hay remilgos. Oigo a un jovencuelo presuntuoso, que no para de mascar chicle (digo yo que será chicle, a lo mejor es el Diccionario de la Academia, con esos mofletes que airea...). Después de unos minutos, un rotundo Pues eso cierra la subyugante exposición. «A ver, tío, claro, tú, mola, ya lo decía yo, macho, mola un montón, bueno, pues que yo, es lo que tiene, ¿no?, a ver, macho, eso, eso, ¿eh?, pues, sí, hombre, a ver, mola, jo, pues yo, te digo que, tú, con este tiempo, o sea... ¡Pues eso!». La voz del pueblo no es tan lírica como la de Gil Vicente, pero... Zapeo: sale un tipo encorbatado, relamido: una tertulia sobre los nuevos registros de parejas. Aquí se rehuye la voz colectiva. Nadie dice las cosas por su tradicional designación. Hasta hace muy poco se hablaba de amontonados, arrejuntados. Por el aquel del cultismo se dijo amancebados, concubinarios... Ahora se hacen mil equilibrios para evitar lo tradicional. No resultaría progre. Libertad de coyunda y sanseacabó. «¡Ah, la libertad sexual...!», concluye, y mira, arrogante, a los contertulios. Desencanto: nadie [61] se desmaya, quizá lo esperaban, no se atrevían a empezar. De pronto, el estallido. Alguien habla de alcaldada. La decisión de un alcalde para hacer el registro de parejas medianamente soldadas es como la de Andrés Torrejón, de sagrada memoria, quien, por narices, declaró la guerra a Napoleón, vía Móstoles. ¡La que se armó...! Motín al canto. Gritos, amenazas, avisos apocalípticos del mejor linaje. Se ve que el heroísmo colectivo sigue alegrándonos las pajarillas. Total: se terminó como el gallo de Morón. Nuevo zapeo: un juicio, una trifulca entre pandillas urbanas. Los rivales se despachan perpetrando la libertad de expresión, bien a las claras. Cambio: y brilla el acueducto de Segovia, achacoso y con muletas, protegiendo un cónclave de escritores. Respiro. Por vez primera no quiero nada con lo popular. Sí, sí... Mucho monumento, más historia como fondo, pero las figuras excelsas largan cada piropo... Ni cultismos, ni voces tradicionales: horteradas a palo seco. Último cambio: sale el Congreso, no sé si votando o botando. Pataleos, abucheos, gran trapatiesta. Y gratis. Los diálogos repartidos por el territorio nacional (e islas adyacentes, para no dejar tranquilo a nadie), e incluso por el mundo adelante, a la izquierda o a la derecha, según se vaya, prueban que la tradicionalidad española sobrenada, firme, erre que

erre. Algún cateto, al que le hayan quebrado la siesta con tanto alboroto, dirá: «¡Aquí todavía manda el Santo Oficio...!». Luego, con susurrar que esas lindezas asoman en el Quijote, se salva el honor cazcarrioso. No vendrán mal una limpieza de boca y unas horitas de cuarto oscuro. Y un Manual de Urbanidad, breve, conservador, qué... ¡Eso! De lo popular, hoy hemos quedado..., ¿eh...? [62] [63]

- VIII -

Algunas excepciones

[64] [65]

Tenemos en casa un enfermo, grave, y, sin embargo, seguimos llenando los sitios de bebecua y juergueo, sin concederle importancia. Abundan las reuniones sesudas para atajar el mal, cambiarle la ruta, a ver si, de una vez, se larga y regresamos a la sabia tradición. Se trata del idioma, que, hombre, a ver, no se queja, no hace sentadas ni amenaza con huelgas, ahí está, tan malito él, que aquí y allá salen y no paran de salir recetas, consejos, ejemplaridades, sermonarios, golpes de Boletín Oficial, encaminado todo a tomarle el pulso y encarrilar su manía secesionista. Yo creo que algo pasa, porque al lado de esta variante lamentoso-condenatoria, corre otra que proclama bienestares, futuros preñados de orgullosas satisfacciones. Y esto en las dos riberas del Atlántico. Los esfuerzos prometen ser brillantes en consecuencia. Ya están preparados los manuales de todos los ciclos de enseñanza (seis páginas en blanco en los que circulan, a la espera), para acoger sus discusiones, broncas, reconciliaciones, asesinatos, zancadillas y banquete final. Por eso digo que debe de haber alguna [66] conjura que se encarga de mantener en vilo las porfías. En el fondo, no pasa nada. Lo de menos es ya esa peleona actitud de síes y noes. Yo propongo una miradita despaciosa, que nos vuelva al macizo sosiego de nuestra tradición y: ¡a vivir! Todo puede arreglarse con unas poquitas (eso sí, llamativas) excepciones.

Por ejemplo: todos decimos sutil, a la ortodoxa. Pero sutil, aparte de revestirnos de sapiencia, equivaldría al grado sumo de la sutileza. Quien logre entender la situación económico-político-ferroviaria, será sin duda, un tío muy sutil. Nos vamos acostumbrando a usar la voz regalía hasta para los míseros sueldecillos que el infortunado tipejo de a pie se atreve a cobrar de vez en cuando. Como alguno no da ni para pipas, que decían los clásicos, propongo que se llame, en esos casos y hasta cierta cantidad, regaliza, porque serviría para comprar raíces de regaliz, planta ya utilizada, por los viejos curanderos, contra los catarros, la halitosis (¡al diccionario, chaval!) y el mal de ojo. Atinada será la decisión de escribir hacienda: aludirá a quien no ha pagado los ligeros impuestos que, en la cima del contento, pagamos los de a pie (¡siempre los mismos!); hacienda designará la entidad que se encargue de las cobranzas a domicilio, y Hacienda puede quedar como uno de tantos palabrones que andan sueltos por ahí y que, a fuerza de uso, no significan nada: vacío, oquedad, disgusto, inacabable riña. Para entidades de mayor cuantía, se usará fazienda, palabrón que, inmediatamente, despertará en nuestras conciencias los desvelos por las inmensas fincas, los yates lujosos, los automóviles parlantes. Algo parecido podrá ocurrir con algunos [67] apellidos: Giménez, Jiménez, Ximénez. Podremos acoplarlos a distintos grupos sociales, o



según los hábitos dietético-jorobones: Giménez, a los que no son aficionados a comer caliente y prefieren pasarse la vida protestando. Jiménez, para la gente de medio pelo, tan en aumento, esos que no cenamos y lo decimos para pasar por progres, enemigos del colesterol y del supermercado, a partes iguales. Dejaremos Ximénez para los bienaventurados de puro y solitario, ventrones y regoldaderos. Hay pocos y, por lo general, encarcelados en las caricaturas de los malpensados periódicos. Creo que se deberá llegar a un acuerdo sobre el empleo de la x, letra que no parece gustar demasiado a los españoles de a pie (¡como siempre, hombre, qué coñazo!) Extenso será lo más grande, lo que necesita conocimientos de geografía y sistema métrico decimal para manejarse. En cambio, estenso, con s, significaría lo inconmensurable: el cabreo, la guasa, las actividades políticas, las desavenencias matrimoniales. Espacio, ídem de ídem. Espacio es tan grande que acabo de verlo escrito en la tele. Todos hemos decidido quedarnos en casa, este fin de semana: no habrá tiempo de recorrer tan ancho espacio. Dejaremos espacio para lo antiguo: el hueco en casa para los viejos y para el perro, y quizá para el tacho de la basura. Bueno, sí, es verdad: también puede servir para el ratito de los deberes escolares o el bricolaje de los papis, tan mañosicos que son. Creo que todo esto, tan clarito, será muy hacedero. Mientras se discute, iremos aprendiendo las diferencias de uso y acabaremos por reglamentarlo. Se hará un amplio debate en las televisiones, de donde, por lo menos, sacaremos en limpio la etimología de debate. Procede de la composición [68] dé, de dar, y bate, arma deportiva muy acreditada. Dé con el bate. No, no se alarme, es puritita metáfora. Claro que, si da, hágalo con cierta maestría. Que no se diga luego... [69]

- IX -

Una lengua en libertad

[70] [71]

Mucho se habla de Cervantes, abril arriba y desde todos los ángulos de la vida española, pero poco de veras verdadero es lo que se oye. Se despacha todo bajo la capa del ditirambo, con flecos y seudopatriotería y poco más. La gran aventura de leerle y comprobar que se trata, efectivamente, del novelista por excelencia, se practica con cicatería. Y quizá pocas expediciones pueden ser tan fructíferas, tan llenas de sentido. Cervantes, decía Rubén Darío, «es buen amigo. / Endulza mis instantes / ásperos y reposa mi cabeza». ¿Lo ratificamos nosotros ahora?

Cervantes es la vida misma, contradictoria, con sombras y luces cercanas o esquivas, pero siempre sugeridoras. Cervantes ha logrado crear un manantial de vida, vida esclava de los azares exteriores y del condicionamiento impuesto por las demás vidas. Tan atrevida expedición se hace en una lengua que está muy cerca de nosotros, sostenida principalmente por la decidida aversión cervantina a lo brillante y «literario» en demasía. Se declara enemigo de la pedantería y el engolamiento [72] como norma general (de todo, cuanto más de la expresión idiomática). No me atreveré a decir que considera a la pedantería pecado imperdonable, porque la característica más honda de su actitud espiritual es la de comprenderlo todo, disculparlo todo. Cervantes sabe arropar cuanto le rodea con un manto

de especialísima ternura y de generosa comprensión. Pero nos avisa sobre las disonancias que el engolamiento produce. Cuando nos destaca las retorcidas expresiones, infantiles en el fondo, de los libros caballerescos («la razón de la sinrazón que a mi razón se hace...», etc.) me parece recordar la lección de Juan de Mairena, cuando, ante la frase «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa», lucha por convertirla en verdaderamente literaria al traducirla: «Lo que pasa en la calle». He aquí la lección cervantina en lo que a la lengua se refiere: naturalidad, espontaneidad. La lengua excesivamente artística no sirve gran cosa: podrá deslumbrar momentáneamente, pero se deshará en frágil purpurina al poco tiempo, no tolerará el paso de una brisa joven, vivificante. Vayamos por un momento a escuchar al trujamán del Retablo de Maese Pedro, con su atrayente desfile de muñecos, de fugitivos enamorados que «toman de París la vía». El trujamán, el muchacho que hoy llamaríamos, desde nuestra ridícula suficiencia, el presentador, ensarta una buena procesión de exclamaciones solemnes, y hasta la añuda con recuerdos de la literatura antigua. (No es audacia sospechar que el tal trujamán no sabe gran cosa de esa materia). Y Cervantes, por boca del dueño del retablo, nos envía su permanente lección: «Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala». ¿No es válida esta brevísima [73] apostilla para muchos de nuestros trujamanes actuales, convertidos poco menos que en héroes nacionales? Llaneza, llaneza... Hay alguno de éstos que... ¡Ay, ciertos telediaros, repletos de gesticulación, alteraciones de la entonación, personalismo gratuito...! En fin, la lengua de Cervantes nos adoctrina hoy muy bien.

Pero Cervantes es también enemigo de la vulgaridad, de la vecina zafiedad que fácilmente puede enlazarse a lo general y sencillo. Nada más inexacto que intentar ver en lo coloquial escrito un retrato de lo que se dice. No: es, en cambio, una recreación artística, sometida a disciplina y selección. El primer escalón en esa selección es el de mantener la lengua dentro del estrato cultural y social del hablante, no salirse de unos límites previstos, y el esfuerzo por mantener esa lengua dentro de la estimación general. Cuando Sancho y su mujer, Teresa, discuten sobre el hecho de dar marido de calidad a su hija, Teresa se opone porque, piensa, siempre que el marido de clase superior tachará de villana a su mujer. (Cervantes, en las palabras de Teresa, encubre una vieja canción: «Llamáisme villana, / yo no lo soy... Casóme mi padre / con un caballero / a cada palabra: / ¡hija de pechero...! / Yo no lo soy...»). Detrás de este acoplamiento casta social-lenguaje característico, el Peribáñez lopesco se nos agiganta: Casilda y Peribáñez se hablan como labriegos, sin abandonar nunca el conceptismo interior del campesino: emplean en sus mutuos elogios un paisaje que es el habitual en su existencia: las cosechas, los campos engalanados por abril, el mejor vino, el aceite dorado, la res que dormita o paca en los prados abiertos... El contraste se ve muy bien [74] cuando el Comendador, al ir reponiéndose del golpe sufrido, no ve a su alrededor más que la cara de Casilda e impresionado por su belleza comienza a hablarle de soles, planetas, arcángeles... Casilda no le entiende: piensa que está muy grave, está delirando: «Veis visiones», le dice. Es lo mismo que le ocurre a Teresa, quien dice a su marido, empeñado en corregirle los dislates de lengua: «Desde que os hicisteis miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda». Y en otra ocasión: «Yo no os entiendo, marido, haced lo que quisiéredes...». Cervantes demuestra, con estos cambios de habla, que el espíritu humano es perfectible y que la lengua mejorará con el esfuerzo orientado a esa perfección.

La penetración de la lengua popular, lengua de la familia y de la calle, en la obra literaria es rasgo capitalísimo de la literatura en español. Paso por alto el empleo de refranes, abrumador, que requiere demorada meditación y más lento examen por su copiosa aparición en el teatro, en la novela, etc. Me voy a referir a huellas más hondas. Hemos de revisar muchos conceptos ya consagrados por la crítica a través del tiempo. Cuando Lope, en varias ocasiones, apela a sus «mil y quinientas comedias» ha logrado que gentes de buena voluntad se hayan puesto a contar títulos para verificar la cantidad señalada. No está mal como atracción del sueño. ¿No hay quien cuenta ovejitas? Pero Lope no hace otra cosa que recordar la existencia de una alta Sala de Justicia llamada de las mil y quinientas por la cantidad de hermosísimas doblas que costaba el proceso que a sus instancias llegaba. La frase se convirtió en [75] definición de excelsitud, riqueza, etc. Lope no hace más que encarecer el número y calidad de su producción. No creo que haya hoy hispanohablante alguno que, cuando algo le ha salido «a las mil maravillas» (un trabajo, un encuentro, un viaje) se ponga tranquilamente a contar una a una esas maravillas. ¿Dónde están, cuáles son? La lengua popular tradicional nos hace víctimas de su engaño. Santa Teresa es ejemplo claro de esta penetración de la lengua popular en la obra superior. Nadie pensaría que la frasecilla: «Ya, ya comienza (el alma) a perder el pelo malo», expresión con que la Santa delata la llegada inminente del éxtasis místico, es todavía, en la tierra alta castellana, la indicadora de los primeros vuelos de los pajarillos. Una locución rústica se ha convertido en vehículo de altísima experiencia humana.

Para Cervantes, el ideal de lengua no se acomoda a rasgos locales, ni a los de casta social alguna. Para él, el habla buena, pura, elegante y clara, «está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majadahonda». Cortesano es el hombre pulido, educado, y discreto, el dotado de inteligencia y sano juicio. Perdida la norma ideal de los círculos cultivados madrileños (era la existente en el primer tercio del siglo), el ideal hoy reside en la lengua empleada en los diversos polos humanos del mundo hispánico. Hay un ideal imitable en la lengua de las grandes ciudades españolas, pero también en la de Buenos Aires, México o Lima. Pero con la certera observación: el habla de las personas educadas, dotadas de cierto nivel cultural, y a la vez, discretas, inteligentes. Es decir, la norma propuesta por Cervantes [76] hace siglos, con diáfana claridad. El habla de la persona culta, aunque haya nacido en Majadahonda, es decir, en cualquier sitio donde se hable español. A todos se les reclama, para seguir sus pautas, usar de la discreción, «gramática del lenguaje, que se acompaña con el uso». Cervantes ha sabido combinar las diferentes parcelas de la lengua y proyectarlas hacia una ininterrumpida vocación de futuro. Absolutamente todas las vertientes de su obra convergen en la creación de personas, no de personajes. Hombres y mujeres que viven en lucha consigo mismos y con los demás. La lengua capaz de expresar tan variada situación espiritual no puede ser, en manera alguna, la ortodoxa y ordenada de los preceptistas, gramáticos y puristas de todo tipo. Ha de ser una lengua en libertad, en perpetuo trance inaugural siempre, siempre recién nacida. Esa es la lección de Cervantes y esa su permanente actualidad. [77]

- X -

Tirso, gran creador de léxico

[78] [79]

Una relectura de Tirso de Molina, siquiera sea al pasar, nos pone ante los ojos, de forma muy destacada, su extraordinaria gracia para inventar palabras. Una situación, un equívoco, un cambio de escena le sirven para poner en circulación una voz nueva, preñada de sugerencias, palabra dramática, que puebla, momentánea o perdurablemente, de sentido lo que está pasando. Hace descender la solemnidad del conflicto a la esquina con viento donde todos nos entendemos. Ya ha habido alguna mano entendida (André Nougué, por ejemplo) que ha querido poner orden en tales creaciones, pero bien estructurado y todo, se nos escapa la fina broma que suelen tener todas esas invenciones. Todas revisten de una exculpadora sonrisa cómplice lo que Tirso está obligando a hacer a sus personajes. Así, sírvanos de ejemplo alguna de ellas: nos encontramos con un personaje, Fadrique, cuya presencia complica enojosamente deseos y proyectos. No es raro, pues, que, en una repetición de esa presencia molesta, el perjudicado hable de fadricación. Todos comprendemos la innumerable confluencia que se agolpa, de repente, en la palabreja. Lo mismo podíamos [80] decir de legumbrizar, cuando nos dirigimos a un hortelano algo redicho. No hay broma mejor sobre el eterno devenir escénico del billetito amoroso que exhibir embilletar, por «dar cartas o mensajes en un papelito». Tirso se guasea cariñosamente del manido truco de la carta. Igualmente la pregonada castidad fingida de las mujeres más o menos hipócritas queda al descubierto bajo lucreciar o «hacerse una Lucrecia», con lo que todo el prestigio histórico de la dama romana se vuelve desolada purpurina. La murga permanente del enamorado que anda a vueltas con suspiros y menciones repetidas de la amada, haciendo inocentes juegos con su nombre, queda reducida a escoria con deserafinar (la amada se llama Serafina), lo que, al evocar, por añadidura, el normal desafinar, pone en evidencia el latazo del repetido canturreo. Verdaderamente grotescos son los tratamientos ceremoniosos que, por la broma tirsiana, se deshacen en fría ceniza. Todos recordamos la enorme cantidad de fórmulas empleadas en el trato social, esas inacabables y matizadísimas fórmulas empleadas que vemos escrupulosamente reglamentadas en el Manual de escribientes, de Antonio de Torquemada. Tan complejas, que pocas veces se emplearon todas. Pero es cierto que hubo -hay- mucha gente que se paga de esos tratamientos empingorotados, que no añaden más que ventarrones de vaciedad a la persona que tiene siempre preparado el pecho para recibir la brillante condecoración: vuestra excelencia, vuestra señoría, vuestra paternidad, vuestra tal y vuestra cual. Pues bien: todo eso se coloca entre paréntesis en numerosas comedias de Tirso por medio de un ligero esguince expresivo: Vuestra mediojería, dirigiéndose a una tapada [81] de medio ojo; su infantería, al hablar a un infante; su duquencia, dirigiéndose a un duque; mi legacía, mi encargo, mi condición de portador de un mensaje; vuestra dueñería, encarrilado a una dueña, etc. Su cantidad, lanzada contra una persona de poca estatura, ¿no nos hace de pronto ver el vacío de tantas vuestra paternidad, su caridad, etc.?

En algunas ocasiones, la apelación a estadios cultos puede hacer que el ocasional juego de sentidos se pierda enseguida, una vez fuera de la trama teatral. Por ejemplo «hacer a alguien obispo de Corozain», es decir, verle de penitenciado por la Inquisición, con la corozamitra colocadita sobre la cabeza. Muchos espectadores sabrían así de la vieja ciudad bíblica. Parecido caso es el vestirse de caifascote, por alusión al anascote, «tejido recio y tosco». Anás y Caifás andan al retortero entre las bambalinas. Pero estos casos poco

frecuentes al lado de los numerosos repletos de jugosa espontaneidad parlanchina, suponen poco dentro del inmenso caudal de ocasionalidad creadora. ¿Qué son estas cultísimas alusiones frente al desgarrador deslumbrante de enanear, dicho por una persona que pretende curarse en salud, ante el desdén ajeno por su corta estatura? Así me enaneó mi padre... No cabe mayor ni más delicada guasa, vigilante adelantada de la que esperamos por parte del ortodoxo, sensato, gris interlocutor. En estos tiempos de locura colectiva por el coche, por cambiar de coche, por lucir el descapotable llamativo y avasallador, ¿no nos ayudaría el tirsiano cochizar (no hay dama que no se cochice), que era el equivalente en el embarullado Madrid de 1600? [82]

Resulta muy llamativo hoy que la censura -como siempre- de los doctos se detuviese en el respeto a las normas. Si se dice o no embajatriz o embajadora (Lope de Vega habló de este caso concreto en la dedicatoria de Pedro Carbonero); si está bien o mal dicho fregatriz o fregona, lavandríz o lavandera. (Recordemos la suerte grotesca de fregatriz, viva en el género chico; pues Tirso fue más lejos y creó el verbo fregatrizar, lo mismo que hizo con meretrizar «convertir a una mujer en meretriz»). Parece que la persona preocupada por las normas gramaticales solamente, no suele conceder mucha escapatoria a esta fluidez vivificante. Para mí, cuando hoy releo a Tirso y me tropiezo con estas entradas de una voz popular, de la calle, con sus inhibiciones y sus resoluciones apropiadas, veo muy claro este rasgo como una prueba más de su condición coloquial - madrileña. El habla desenvuelta, desenfadada, de la aglomeración urbana en crecimiento desmedido, en la que se oyen giros, voces, expresiones de todo el ámbito geográfico de la lengua, tuvo que estar muy presente en Tirso de Molina, madrileño que ejerció de tal con fervor. El habla popular de la Corte siguió inventando voces -literalmente- y haciendo lo infinito por imponerlas. El esfuerzo de Tirso, estoy seguro, tuvo que ser valorado por sus contemporáneos como lo fue el género chico en los finales del siglo XIX. Detrás de ello andaba el habla cotidiana de Madrid, ciudad en eterno desmerecimiento, urgida por acoplar a su lengua tradicional lo que ve de nuevo. No otra cosa es el ensuldigado con que un madrileño semiculto respondió a la disculpa de una voluminosa señora alemana después de un pisotón. [83]

- XI -

Tajania

[84] [85]

«Mira, mira, abuelo, no nos des la murga con esos jipíos. Eso no se lleva, no gusta a la gente de nuestra edad. Ahora hay que cantar con Mickel Jackson, el morenito». «Ah, claro, el morenito. Y eso, ¿qué es?». «Jo, es que no sabes nada, abuelo. ¡Jackson, el negro que se hace la estética...! Es muy famoso. Se hace la estética para ir pareciendo blanco, cada vez más. Y acabará por pasar por... Cómo te lo diré yo... Pues que así, como todos...». «Y, ¿lleva muy adelantado el cambio?». «Pues, sí. Es un tío bárbaro, genial. Así de sencillo: genial». «Pues, yo, la verdad, no le conozco. Pero con eso que me decís... Espero que no sufra mucho con las operaciones, y que no le impidan cantar. Y, sobre todo, que no se le cambie la voz, no sea que sus admiradoras...». «Qué va, hombre, qué va, tú también. Lo

tiene todo muy bien calculado, para que todo le encaje justito. ¿No ves que tiene muchos contratos y hay que cumplir los compromisos? A ver, si no. Además, que Jackson es formidable, fenómeno. Menudo es». «Ya, y ¿dónde le habéis conocido vosotras a ese Jackson tan formidable?». «Conocerle así, directamente, cara a cara, pues no. Vive muy lejos, [86] en Nueva York, que es donde viven todos los grandes, pero le vemos en la tele, y en el cine. Y, además, que no hace falta, porque le conoce todo el mundo. ¿Te enteras? Tú es que estás carroza y, claro, pues eso!». «Bueno, bueno, pero aún no me habéis dicho qué canta el tal moreno. ¿La verbena de la Paloma? ¿Tangos? ¿Alguna ópera o cosa así? ¿O es más serio?». «Venga, hombre, corta, corta ya, pero por quién le has tomado... Pero qué dices... Esas cosas tuyas no las conoce nadie, de dónde te has caído, pues sí que». «Sigo sin saber qué canta vuestro amigo Jackson. Y menos choteo con eso de carroza y tal, porque también yo entiendo lo mío de cantos y musiquillas». «Sí, ¿eh?. Será de música celestial. ¡Mira que no saber Thriller! ¡Pero si es bárbaro!». «Bueno, valga lo que digáis, pero que conste que las cosas que yo me sé no están mal. ¡A mucha gente le gustan!». «¡Cállate tú por ahí...! ¿Tú sabes Bola de cristal o Abracadabra? Son de Alaska. Dónde vas a comparar con lo que tú cantas, eso de Tú, solamente tú, o Cinco minutos nada más... No sirven ni para que te afeites por la mañana temprano, a la hora en que te levantas tú, con los lobos sueltos por la calle... Toda una vida me estaría contigo... ¡Con eso se te cae la baba...! Vaya chorradas. Esas canciones las sacan en la tele de cuando en cuando para vosotros, los canicas, les dais lástima y no quieren que os consideréis marginados, toma, ya hay bastantes líos...». «Pues, chicas, estoy pasmado. ¿Cómo sabéis tanto de eso?». «Es lo que hay que saber ahora, lo que se lleva. La moda. En todas partes. Hasta nuestra seño de inglés, leidi Chonita, lleva siempre a clase un transistor y sigue el ritmo mientras hacemos los numerales, one, two, three, four, five... y el verbo [87] to be, que es la mar de difícil, jo... Entra mejor con música». «Y los Reyes Godos, ¿los aprendéis también con música, vamos, a transistorazo limpio?». «Pero qué dices, tío. Los Reyes Godos, ¿qué es eso? Alguna inocentada. Serán los de la baraja, vaya petardo. En mi cole no se llaman así». «No, no, no os engaño. Hubo una vez unos reyes que eran godos o que atendían por ello». «¡Pues vaya rollo!». «Ataulfo, Sigerico, Walia..., Leovigildo...». «Qué cosas, ¿no? Ahora aprendemos los grupos, Mocedades, Mecano, Pegamoides, Los elegantes, Obús. Son guay del Paraguay». «Ah, sí, sí, claro, está muy claro». «Pues no te gustará, a mí qué. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que me importa un vatio!». «Pues a mí, canica y todo, me gustaba, y mucho, Silvie Vartan, para que veáis, y me sé de carrerilla sus canciones». «Bah, valiente cosa. Lo que hay que saber es La mujer de rojo y hacerlo como lo hace Steve Wonder, y saberse Break Dance y Flashdance, y Barco a Venus, ésta del propio Mecano. Esto por lo menos. ¿Ves Amor de hombre? Ya se ha pasado, para que te enteres. Así que fíjate cómo estará todo eso que tú cantas». «¡Ay, ricas, ni hablar, qué chicas éstas! Tú, a tus once añazos, cantas eso, pero aún no has llegado a los míos. Yo conozco las obras de los grupos más destacados, Los zurdos de los dos lados, La oveja más negra, Los pies planos, Los seis dedos amables y diez o doce más. Todos son mis amigos». «¡Ay, Arturo, no me seas tan duro! Lo estás inventando. Te crees que somos tontas. ¡Que no te quedes conmigo, que tengo perro!». «Eso sí que no lo entiendo, lo del perro». «Pues tú tienes que decir, si alguien te suelta eso: Y yo ya tengo correa». «Correa... ¿Para el perro...? En mi tiempo decíamos no te enrolles, [88] Charles Boyer y quedaba fino, más erudito. Tu padre se casó con tu madre porque le fascinó el timito que ella empleaba a troche y moche». «¿Cuál era? Pero di la verdad, no nos tomes la cabellera». «Pues decía Chupa del frasco, Carrasco. Ya veis, es muy sentimental». «Que te crees tú eso». «Pues yo canto lo de Miguel Ríos, o lo de

Julio Iglesias. También puedo seguir algunos trocitos de Jesucristo Superestar». «Puaf... Retablos del siglo XVII, polilla puritita. Corta, corta... Nosotras... Oye, tú, peque, vamos a cantarle al abuelo Conspiración, o ¡Apunten! ¡Fuego!, para que vea lo que es bueno, y no esos latazos que se gasta...». «Bueno, bueno, me rindo. Veo que tenéis una enorme sapiencia en materia de grupos musicales y alaridos consecutivos. Pero, veamos, ¿por dónde pasa el Tajo?». «¡Vaya pregunta. A mí qué me importa. Qué más dará. Pues por donde pase, jo...!». «No, no, timitos no. A ver: el Tajo. El Tajo es un río muy importante y hay que saber siquiera un par de ciudades de las que tiene a sus orillas. Así que, ¡hala!, a desembuchar. ¡El Tajo! ¿Dónde nace?». «Nacerá en Tajania, eso está claro. Su propio nombre lo indica». «¿Sí, eh? Pues no está mal discurrido, se nota que los grupos no os han echado del todo la cremallera en el coco. Pero, a ver, más, más, dime más cosas del Tajo!». «Ah, ni hablar, a mí me tiene dicho la seño Edu, la de Geografía, que es muy malo aprenderse las cosas de memorieta. Así que se terminó: no me preguntes más. Vete con la música a otra parte». «¡Chica, frena la frescura, cielito...!». «Pues qué pesado te pones, es que no hay manera de que te enteres, ¿eh? Déjame silbar... Te sientas en el verde y es como en el cine... Es mi manera de llegar a ti...». «Si te aprendes el Tajo [89] bien, el Tajo y los demás ríos, te haré un buen regalo para tu cumpleaños, cuando llegues a los doce. Un buen libro de cuentos, o de estampas, o de viajes, o de animales». «Déjame en paz de libros. Yo lo que necesito es un ordenador para jugar en la pantalla a hundir acorazados las tardes de lluvia, o algo para grabar en video lo que canten ahora los Chiringuitos, se están poniendo de moda, pegan fuerte... Tralalará... Tralalará... la... la...». [90] [91]

- XII -

Madrid, mil setecientos y pico...

[92] [93]

A principios del siglo XVIII, cayó por Madrid el aristócrata canario Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, marqués de San Andrés. Sesentón, traía auestas una vida muy ajetreada de procesos, condenas, huidas, viajes y fructíferas permanencias en otras capitales europeas (Lisboa, Londres, París) y una esposa de dieciocho años. Cristóbal del Hoyo es personaje de vivo interés, curioso observador de la vida en torno y desenvuelto comentarista de ella. Sabe detener su mirada sobre cuanto se le pone a tiro y, sin perder tiempo en describirnos las cosas, nos expone, con encantadora fruición y amable ironía la reacción propia ante esas mismas cosas, hombres, costumbres, sucesos... Arroja su comentario con un despierto frescor de primera mano, en el que la crítica, a veces agria, avisa y orienta, perfilando actitudes, revelando consecuencias. Todo lo hizo en un libro que ahora, fragmentariamente, (sólo lo relativo a Madrid) ha reeditado el prestigioso investigador Alejandro Cioranescu. [94]

Leyendo estas páginas, vemos que en la primera mitad del siglo XVIII, la vida madrileña dejaba mucho que desear. El aristócrata pone en solfa la desbaratada ceremonia de las procesiones, la disfrazada religiosidad de las gentes, la pedantesca sarta de inepticias de los oradores sagrados, el lujo inútil de las frecuentes fiestas. Recorre los paseos, ya

entonces atosigados con el gentío, y se asombra ante la exagerada abundancia de coches, encadenados por el permanente atasco y envueltos por nubes de pobretones y vendedores de las más extrañas mercancías. Explica los amoríos y chichisbeos (tan bien estudiados por Carmen Martín Gaité), enjuiciándolos con regocijado pasmo. Pasmo que surge centuplicado al leer la lista de los chichisbeos que se conocen en Madrid, «hoy, 10 de agosto de 1739», y que, caballerosamente, no repite, para no divulgar la desvergonzada enumeración. Nos cuenta cómo eran las comedias al uso. «En otras dos comedias, y de ninguna supe el título, había el vuelo de un borrico y de una columna en otra... El jumento era un burro tal, en carne viva: salía al tablado sin mucha necesidad, y con poca se montó el gracejo en él». «Unas fuertes sogas le subían y bajaban una y otra vez, como quien sube la gavia mayor de un barco». Para Cristóbal del Hoyo, la algarabía subsiguiente, gritos, risas, silbos, rebuznos, etc., con que el público siguió la acción, era cosa poco digna de una de las primeras cortes europeas. Idéntico repeluzno le merece la suciedad de la villa, con las porquerías rebosando en las calzadas. Nuestro marqués carga la mano no en la descripción de estos lodos, sino en su humor personal para sobrellevarlos o imaginarse los actos sencillos de la vida ante la monumental [95] inmundicia, ya comentada en forma pintoresca por otros autores, como, aparte de los clásicos, Tommaso Stigliani y el barón de Waleff. De la mano del irónico canario asistimos a una visión ya casi periodística de lo que los grandes escritores del XVII dejaban entrever sobre los hábitos cotidianos de la capital. Lo valioso en este caso, no en vano ha pasado una centuria, es ver cómo, tras las líneas cómicas, se despereza una protesta entristecida, una aherrojada vergüenza ante la desidia oficial.

Dentro de esta edición crítica de la vida madrileña en 1740, el zumbón aristócrata, y no perdamos de vista su condición insular, marginal, naturalmente arcaizante, nos pasa revista a la lengua que utilizaba el pueblo de Madrid. ¡Qué excelente conjunción de planos, de formas de convivencia tan diversas...! Nuestro autor destaca que el pueblo madrileño está, en el momento en que él escribe, «con su pelo y su lana, como cuando, ahora dos siglos, era un villorrio muy agreste». Y se apoya, para tal afirmación, en que los madrileños medios dicen pusible, intierro, melitar, estógamo, etc... Y esto lo considera arcaísmo o vulgarismo censurable un hombre que aún escribe huiga por huya (de huir), amén de otras muchas cosas ya eliminadas del habla madrileña. Y eso sin contar con algún léxico que quizá ya fuese entonces canarismo y hoy es americano en general, como embarnecer, «aumentar en brillo y buen aspecto», (Gabriel Miró, encandilado por su ranciedad, lo emplea alguna vez), o gracejo «el gracioso de las comedias», o zaramullo, por zascandil, revoltoso. Al lado de este fondo general, del Hoyo nos habla de minuets [96] y reguingotes, «redingote, prenda de abrigo», claros neologismos. Los dos los recogió la Academia en 1817. Está familiarizado con los características, «persona que deduce cualidades espirituales observando los rasgos externos»; llama baladrón al hombre sin ética, gandul, ladronzuelo quizá. Dice, no sé si será ocasional y personal acomodo, asai por «ensayo, intento». Habla de un paño ordinario, seguramente el rústico buriel, al que llama pardomonte. Este escritor, que tan directamente nos habla de sus preferencias y de sus rechazos, es de los primeros en llamar simones a los coches de alquiler («los que se alquilan, a quien llaman don Simón». De igual forma lo usó Torres Villarroel, en 1730). Y lo más curioso es que nuestro pulido cortesano no tiene empacho en emplear alguna vez de casquis, o 'de mi propia cosecha, fruto de mi talento', antecedente de los tan traídos y llevados en la literatura popularista del XIX pesquis, bóbilis, finolis, etc. También lo usó alguna vez González del Castillo. Y para que no falte detalle alguno de este aspecto, el buen don Cristóbal vacila al hacer el plural de



Madrid, y se pierde entre Madrid o Madrís. En fin, releer hoy, desde este Madrid de nuestros pecados, las observaciones de un español inteligente y ventilado, es una verdadera delicia. Ayuda a comprender y a disculpar muchas de nuestras torpezas colectivas y, más aún, la obstinación en repetir las. Bajo la aguda y tibia socarronería de Cristóbal del Hoyo, ¿no nos suena una musiquilla muy cercana, en la que reconocemos nuestros cotidianos pasos de madrileños de hoy...? [97]

- XIII -

Salvar el honor

[98] [99]

He oído contar a gentes que vivieron la dureza de la última guerra mundial cómo, aparte de ideas o creencias, corría, soterraño, un sentimiento oscuro, pero profundo en los casos en que salía a flor de piel: por encima de los avatares de la lucha, bombardeos, campos de concentración, ejecuciones, hambrunas, depuraciones, etc., era necesario salvar el honor. En lo que ya no había coincidencia clara era en el procedimiento para alcanzar esa salvación. Hoy, nosotros mismos, en este fleco de Europa, no estamos libres de ese apasionamiento, nos superamos para mantener en pie la negra honrilla: en un bar de carretera, al borde de un poblachón manchego anegado de silencios, blanco de cal, higueras jugosas asomando por encima de las bardas, había llegado la desgracia: un súbito atraco, inesperada violencia, cuchillos coléricos, el dueño del local muere en la pelea. Pero el negocio ha de seguir, hay que abrir todas las mañanas, soportar conversaciones, apostar decididamente por el equipo local de fútbol... La viuda, cuarentona resuelta, decide salvar el honor familiar y afrontar la exigencia [100] social del duelo: pone un pomposo lazo de seda negra encima del televisor. Así se dignifica y recuerda la ausencia del marido y se amordazan las murmuraciones pueblerinas. Por si fuera poco, los días siete de cada mes, fecha en la que ocurrió la desgracia, un delicado tul negro disimula todo el televisor, otro manto se cuelga sobre el teléfono, no se despacha alcohol durante una hora y, con el retrato del difunto en una esquina, un cartelito, impreso en La Confianza, Esquelas y Recordatorios. Papel para copias, invita a los clientes a rezar el rosario en las habitaciones privadas de la propietaria, rezos dirigidos por el Señor Arcipreste, licenciado in utroque por la Universidad Pontificia de Roma. A la viuda, desde que, con el máximo rigor, practica este ritual, se le han alegrado los ojuelos, le brillan encandilados y soberbiosos, y se le ha ensanchado el perímetro torácico: será por la respiración profunda, satisfecha... El honor está a salvo, y el negocio no digamos.

Arranques así suceden en todas partes. Mi amigo Karl Weber, mi alumno en la universidad de Colonia y profesor mío de alemán, sentía una agobiadora vergüenza por la destrucción de Alemania bajo los aviones aliados. Y decidió, por su cuenta, también personal y muy propia, salvar el honor. Para lo cual, en los aniversarios de ilustres compatriotas (Beethoven, Kleist, Goethe, Walter von der Vogelweide...), de tres a cuatro de la tarde, se vestía de riguroso luto (traje carito, ya lo creo, se lo encargó en Londres sólo por fastidiar a los ingleses) y, con un ramito de violetas en la mano (artificiales, claro, duraban

más, y no hay que olvidar lo achuchada que andaba la economía centroeuropea, a [101] pesar del plan Marshall), se asomaba a la terraza y declamaba en voz alta, en alta voz cesárea, algunos versos del personaje recordado, o, si el celebrado era músico, canturreaba algún compás como Dios le daba a entender. (Weber lucía ronquera crónica, de muy buena calidad). Me invitó un día a su casa para que yo pudiese comprobar la seriedad y eficacia del rito. Creo que logré simplificar el ceremonial enseñándole a hacer un buen corte de mangas a todos los enemigos. Valía mi consejo para cualquier raza, religión, manía literaria... Y, de paso, alejaba el peligro de enfermedades: no hay que olvidar que el aniversario de Beethoven, en diciembre, (pleno invierno, caray con la temperatura de Renania por esas alturas del año) y el de Goethe, en agosto (pleno verano, y ya se sabe lo que el Sol es capaz de hacer en la piel), no era recomendable conmemorarlos a la intemperie, ni siquiera en la azotea propia. Un buen corte de mangas llega a los mismísimos escalones del trono celestial y provoca una evidente sacudida. Los versitos, rumiados o grandilocuentes, o un trocito de Claro de luna a medio chamullar, aumentan la soñarrera. Y así, usted me contará. Karl Weber, mi excelente profesor de alemán (cinco marcos cincuenta la hora) palmó de un andancio tropical por no sé qué andurriales del Perú. Su último gesto fue un cordial corte de mangas al médico, a los enfermeros, al envarado señor cónsul, a todo el que estaba cerca. El honor se había salvado una vez más. ¿O no...?

¡Ah, el honor maltrecho...! Indudablemente, aquel buen andaluz gordinflas, que logró permiso especial de los jefes del campo de concentración donde toda incomodidad [102] carecía hasta de asiento, obtuvo, digo, licencia para quedarse solito al borde del agua, en la playa de Argelés: salvaba también su honor todos los días. Podía, de espaldas a los centinelas y a los mandos, dialogar un ratito con una sirena amiga, una buena mujer. De la boca medio pescadillera, conseguía el hombre noticias del mundo exterior, de las guerras y las revoluciones, que había para dar y tomar, supo el pronóstico del porvenir (verdaderamente lamentable los días pares, gozoso los nones, especialmente los días 13) y, aseguraba, volvía vengado de los guardianes, unos tipejos que, poco a poco, bajo un tosco disfraz de compraventa, se fueron quedando con cuanto de valor conservaban los concentrados. Llegó un momento en que le aconsejamos que vendiese la sirena. Es muy probable que lo lograra, a juzgar por su indudable bienestar alimenticio. Una sirena no es cosa de cuatro perronas, qué va. Pero el permiso siguió vigente. El buen andaluz siguió disfrutando de un ratito a solas con su propio honor, al fleco de las olas... No charlaba con nadie, no adquiría información valiosa: simplemente se miraba el ombligo, otra manera de salvar el honor, no me digan que no.

Lo triste de todo esto es, aparte del despilfarro de energía y de originalidad que suponen tales actos reivindicativos, que no suelen pasar a la admiración de la posteridad. No se perpetúan en mármoles ni bronces, ni suelen referirse a los chavalillos en los libros de texto, o bajo la monotonía rezongona de la seño de Historia. Tampoco se citan en los encendidos discursos de los políticos, quizá porque estos señores suelen no saber [103] nada de nada de nada. Una losa de olvido cae sobre decisiones tan... ¿Heroicas...? Digamos que tan vitales: la viuda del bar del cruce, mi recordado Karl Weber, el tipo andaluz de la playa, todos, mientras daban cuerpo a su personal decisión, vivían íntegramente, gozosamente, ya lo creo que vivían... [104] [105]

- XIV -

¡Ay, los acentos...!

[106] [107]

«¡Pero, chico, qué requetemal acentúas...! Tú te has autoerigido en la mismísima teoría acentual, nueva tecnología incluida. O, según lo mires, te saltas a la torera la ya venerable y usual. A ver, ¿de dónde has sacado tú que perito, la persona entendida, experta en algo, debe o puede llevar un acento en la primera e? Tú lo que eres es un ambolicador, que no dejas de buscarle los pies al gato, la docena de pies, claro. ¡Périto, périto! ¡Eso es un delito...!». «Hombre, aguanta una miaja y no te sulfures. Eso es como todo. Igualito pasa con los precios de los escaparates. Depende del sitio en que te pongas para leerlos. Yo procuro no ver los ceros y, así, todo me sale más barato. Ya ves tú qué facilito». «Ya, ya. Pero eso es muy distinto del périto. ¡Vas contra la unidad de la patria y la del mundo hispánico...! Que las cosas te cuesten menos, que, la verdad, suben a cada hora, es decisión que nos gusta a todos. Pero lo de périto... Seguramente que le da tres patadas a los interesados. Tres patadas en los interiores íntimos, quiero decir». «Escucha, tío. Périto es algo más que perito. Es el que, de tanto [108] como sabe, ya te digo, ¡un coñazo que no hay quien lo aguante...! Y perito, que es otra cosa, es el mismísimo périto cuando, gracias a las siempre atinadas y oportunas maniobras divinas, va y la diña. Tendrá a toda su familia al lado, sí, y a las autoridades locales, que asistirán al entierro engalanadas, y hasta le darán la medalla de oro al hijo privilegiado, y todas las garmainas que tú quieras, pero ¡hala, a criar malvas aprisita...! ¡Y sin derecho al pataleo! ¡El mundo está bien hecho, sí señor!». «Entonces, según tú... Ese berenjenal, ¿está aprobado por la Academia?». «No te apures por eso; ya lo aprobará, no tendrá más remedio. ¡En cuanto tres pelagatos de nada lo escriban sin retintín alguno...! ¡Se fini...! Todo el mundo hispanoparlante se dedicará, martes=jueves=sábados, de cinco a siete, a diferenciar entre périto, perito, peritó... ¿Te supones a los niños de tu familión recitando eso, sin parar, por los pasillos de tu casa, con sonsonete y todo...? Porque el exacto manejo de esos acentos, servirá para alcanzar nota en los exámenes finales, te lo aseguro». «Bien, harán falta más ejemplos para promulgar una regla, no vamos a obligar a los rapaces a que se aprendan un laberinto que luego a lo mejor no sirve, ¿no?». «Pachasco, hombre, pachasco. Ya los tengo. Erudito, por ejemplo, eres tú, un muchachón que sabe dividir por tres cifras, recitas de carrerilla los ríos de España y las cualidades de los alcalinotérreos. Digo yo, vamos. Todo es un suponer. También sabes algo de gramática. Aquí todo cristo sabe algo de gramática. No tienes más que echar una ojeadita a los periódicos y verás qué nubes de gramáticos consejeros nos disfrutamos. Que, quién lo diría, lo trabucan todo, a ver, hay que guardar abierta alguna salida [109] para poder escribir al día siguiente. Pero, a lo que estamos, tuerta: tú, con ese bagaje, no pasas de erudito. Pero si, de propi, pontificas, campanudo, sobre la Constitución, la oposición, la sublevación, la obstinación, la represión y el bacalao a la vizcaína, entonces serás erudito, gente que ya tiene derecho a una condecoración... ¿Te empapas? ¿Sí...? ¡Tú, de erudito simple, triste erudito de infantería, cómo vas a tener una condecoración tú...! ¡Venga ya, hombre, venga ya...! En este caso, no hace falta insistir sobre erudító, porque el vulgo, lisonjero de suyo, meterá la pata y batanará los consultorios de prensa y telerradio con preguntas sobre la conjugación del verbo eruditar, y como, impepinablemente, se lo van a

conjugar, pasaremos todos y al galope al grupo exquisito de los erúditos. Y se acabó la distinción». «Te las sabes todas, ¿eh, macho? Me temo que te van a dar algún susto, y, si no, al tiempo». «Eso, eso, déjale al tiempo que pase. Es para lo único que sirve. Y volvamos a lo nuestro, o sea, a lo recóndito: Reddeamus ad rem. ¿Has visto? Ni tú ni yo sabemos a qué cuernos equivale ese gorigori, pero luce la mar. ¡Hace bonito...! Mira qué cantidad de bocas abiertas ha producido mi latinajo. ¡Y pensar que este pueblo cruzaba a la pata coja un día sí y otro también los Andes, lo mismo los de arriba que los de abajo, y sin parar de cantar De los álamos vengo, madre...! Y ahora ahí le tienes, recitando los jugadores de la primera división con más unción que si dijera el Credo. ¡Le digo a usted, guardia...! ¿Y sabes por qué? Porque todos son méndigos. Un mendigo, por arroñado y en mal uso que esté, suplica, por Dios y por sus clavos y su misericordia, un coscurro de pan. Pero un méndigo se guarda el santo y la limosna [110] para su uso particular y, para que lo sepas, suele ir vestido de domingo y no le quita a la ropa ni las etiquetas: Oportunidades. Rebajas estacionales. Y, detrás, el precio antiguo y el nuevo tachado por el usuario, que para algo es el dueño. ¡Méndigos, méndigos, méndigos...! ¡Su mamaíta, la de ellos que hay...! Salen en la tele, sobre todo si ha habido alguna catástrofe, y piden las cosas con mucho aquel, insinuantes, postulantes, clamantes, impetrantes, incluso elegantes. ¡Tienen segura la tajada, si lo sabré yo...! En cambio, al mendigo, se le azuza el perro y va que arde. No, sobre mendigó no tengo las ideas muy claras. No olvides que esta es una investigación de altos vuelos y que he rechazado la subvención oficial para evitarme futuras concesiones, hasta ahí podíamos llegar». «¡Que yo también estoy con la boca abierta! ¡Hay que ver cómo ha cambiado esa historia de la ortografía! ¡Con razón hay tanto fracaso escolar, a ver, cómo van a aprender los chavalinos tantos distingos! ¡Es una crueldad, pobreticos!». «No, no... ¿no ves que ahora tienen ordenador? Fíjate: yo aprieto aquí y sale en la pantalla cólega, colega, colegá. Y detrasito mismo, la explicación: Colega, lo que venimos diciendo todos; cólega: que está detrás de ti en el escalafón, o en entidad o listado análogos. Vamos, que tienen el cuerno distensible, adelanto científico muy valioso y poco divulgado, aunque, eso sí, muy ejercitado. Colegá es otra harina. Aparte de pertenecer al infinitivo colegar; «colgar a alguien por el cuello», significa, por una antigua figura retórica, padecer del hígado. Supongo que te serán familiares colagogo, colegiado, cólera... En fin, que hay que enriquecer el idioma, y para eso estamos». «¿Y cómo piensas predicar [111] esas artimañas?». «Primero y principal: de artimañas, nada. Son muy meditadas conclusiones socioculturales epicodramaticas convivientes y chúpate esa. Vete enterando: Ahora, la gramática es objeto de las ciencias matemáticoempresariales. ¡Artimañas, dices artimañas! ¡Sí, sí, para bollos está el horno! Hay que exprimirse la discurridera, amigo mío; si no, te quedas en la estacada. De todo lo que aprendimos en nuestro tiempo, sólo sigue vigente un argumento: ¡El que no corre, vuela...! A los cólegas no es necesario jalearlos... Se defienden por su cuenta, ya lo creo... [112] [113]

- XV -  
Arcaísmos

[114] [115]

Día a día, cada vez más, habrá que tener muy presente la realidad del español americano. Hemos de dejar en la cuneta, y para siempre quizá, nuestra escondida y tradicional creencia en «nuestro español» como modelo. La lengua española se desenvuelve hoy en un ámbito geográfico de extraordinarias dimensiones, en el que viven y se desviven numerosas colectividades, gentes de muy diversa condición, y que van teniendo como ideal de lengua la hablada en las aglomeraciones urbanas de sus países. Incluso entre nosotros ya no puede ser, en manera alguna, ideal de lengua la representada por las clases más cultas madrileñas. Ha cambiado la brújula social, la estructura misma de la sociedad, se han disfrazado las metas del ocio y del negocio, y la educación se maneja a bandazos. Precisamente en la actualidad, el habla de las clases dirigentes es de hiriente ramplonería y, en ocasiones, de escandaloso mal gusto. No hay más que sufrir, para comprobarlo, un ratito de televisión o de radio, o escuchar el desmaño de una intervención política. Es muy probable que los cambios en la lengua, [116] hasta ahora practicados de norte a sur, cambien su dirección en redondo y se decidan a hacerlo en sentido contrario. A nadie se le oculta el peso de hechos lingüísticos, léxico, etc., meridionales en el habla general castellana. Pues hay que esperar ya, y hay que estar dispuestos a recibirlos, influjos americanos. De América llegarán, ya van llegando, muchos cambios, unos tolerados, aquiescencia cómplice, por aquello del mantenimiento de la unidad idiomática (verbos que alteran su régimen, en base a, ubicar, etc); otros se deslizan agazapados, han sido empleados en broma al principio y acaban por serlo en serio (receso, masacre). Este vaivén obligará a reconsiderar, en la copiosa lista del diccionario ideal, algunas apostillas de localización geográfica. Muchas voces aquí regionales, o locales, son del habla general en América: habría que decirlo de algún modo. Esto ocurrirá con andancio, «epidemia», lama, «moho, fango», rencó, «cojo», lamber; «lamer», etc. Otras veces habría que destacar que es voz solamente usual en España lo que será forzoso si el diccionario ha de ser de la lengua española. Han ido entrando en el corpus general muchas palabras típicas de la vida madrileña, fruto de la preponderancia, durante dos siglos largos de la convivencia cortesana y centralista. De alguna forma habrá que explicar en el diccionario futuro su vigencia actual y su estimación social, que puede ser cambiante y caediza. Así estarán pirante, «golfante, sinvergonzón», dicho con claro matiz de comprensión y simpatía, apoquinar, «pagar, soltar dinero con cierta premura, obligadamente», machacante, «ordenanza militar» y «moneda de plata de cinco pesetas», (hoy, que no tener un duro ha sustituido a no tener una perra, [117] machacante, cuando sale en un sainete, por ejemplo, ha de ser comentada). En fin, por todas partes aflora la urgencia de cambiar el rumbo a los glosarios tradicionales. No se trata de encerrar en un callejón sin salida muchas palabras, (cuando menos se espera pueden renacer colmadas de vitalidad: mucho de la jerga actual lo prueba), sino de aclarar sus orientaciones, lo que, en fin de cuentas, es enriquecer la conciencia lingüística de los hablantes.

Creo que en medio de tantas vías, la de más apremiante tránsito es la que se refiere al concepto de arcaísmo. Tal como hoy lo vemos, se ha quedado vacío, enclaustrado en su propia desorientación, precisamente por la riqueza y variedad de la lengua. El verbo esculcar no se acompaña de aclaración alguna en los repertorios. Parecería, pues, de uso general, frecuente. No creo que un hablante de nuestras ciudades lo conozca. Y, sin embargo, es palabreja de noble antigüedad con el valor «explorar, registrar». Figura copiosamente en las primitivas traducciones de la Biblia, y va escoltado por el nombre esculca, «espía, centinela». Pues resulta que hoy, esculcar es de la lengua general de

algunos territorios hispanoamericanos con el valor «registrar algo, buscar con cuidado algo, indagar» (Colombia). En México equivale a «cachear». Y está en todas las bocas cien veces al día. ¿Lo calificaremos de arcaísmo? Sería notorio error. Por si fuera poco, vive en algunas comarcas del occidente peninsular, con valores análogos. El asturiano dice esclucar; «mirar a escondidas, mirar por el ojo de la cerradura». ¿No necesita tan ilustre reliquia un mimo especial? [118]

Se impone asimismo reducir la acusación de «arcaico» a ciertos contenidos, pero liberando a otros de la forzada ortopedia de la ranciedad. La frasecilla ser de o tener sangre en el ojo era abrumadoramente usada en la lengua de los siglos XVI y XVII. Quizá fue conocida en el XVIII, pero debió de entrar en franco declive con las nuevas costumbres afrancesadas. Significaba «tener muy en cuenta el linaje a que se pertenecía, estar atento a la defensa de la propia honra, de la condición social de pertenecer a la casta nobiliaria». Y así figura, sin observación alguna, en nuestro diccionario. Como frase de la lengua coloquial, ya la recogió Correas en su Vocabulario de refranes y frases, lo que es testimonio excepcional de su abolengo. Era muy natural que en una sociedad corroída por los prejuicios de casta, a vueltas siempre con el honor y el prurito del limpio nacimiento, la frasecilla surgiera a cada paso, plena de sentido. Quevedo, con su aguda ironía, se burló de la frecuencia de su uso. Para el gran satírico, la frase, erosionada por el énfasis mantenido en el uso coloquial, más que a la honra aludía a las almorranas. (Lo dice él, Quevedo, hombre que creía en lo que la frase afirmaba y servía). ¿Podremos considerarla arcaica? Parece que sí. Ya no tiene sitio en nuestras estimaciones sociales. ¿Eliminarla del repertorio general? No: la frase vive en el habla popular de la Argentina. Pero en el Plata, virreinato muy tardío, no hubo un solo título de nobleza, y su organización social se hizo ya con otros supuestos. La frase se acomodó a la nueva estructura y pasó a significar «estar lleno de rencor, de ansia de venganza, enardecido por la cólera». Del hombre linajudo, atestado de envidia de cristiano viejo y rezumante de orgullo [119] por llevar a la espalda una larga serie de abuelos, hemos ido a desembocar en el malevo de los tangos y de la poesía gauchesca. La expresión deberá figurar en nuestros diccionarios pero precisando esta peregrinación.

Idéntico proceso ha recorrido la locución de arriba, tener o recibir algo de arriba. Empleadísima por los místicos y por la literatura religiosa en general, de signaba el favor divino, el descenso gracioso de la divinidad hasta nuestras penas y desventuras. Y así, «llovido del cielo», puede oírse alguna vez. Pero la vida pampeana no se hizo bajo el peso de los santos, sino con otra andadura. Y hoy el habla argentina conserva de arriba con el valor de «gratis, de regalo». Muy cerca de nuestro tener o lograr algo de gorra. Se va al cine de arriba, se come de arriba, etc. Se quedó atrás el primer significado. El segundo, nuevo, campa por sus respetos abiertamente. Tan solo ha sobrenadado la idea del favor, de lo que se consigue o pasa sin comerlo ni beberlo.

Lo necesario es, sin duda, meditar sobre nuestra lengua, no quedarnos en la simplona comodidad de «con entendernos, basta». Y empezar a hacerlo cuanto antes. Ganaremos en soltura y en conocimiento mutuo. Y quizá nos vayamos preparando para entender plenamente lo que ha sido el ademán español en la Historia. [120] [121]

- XVI -

Partido por gala en dos

[122] [123]

Asistimos boquiabiertos al paso, ante nuestras mismísimas narices, de una cabalgata de dineros, a veces opulentos, que revolotean sobre los medios de comunicación hasta caer, precipitadamente, sobre el bolsillo de alguien que nos deslumbra con su erudición. Hay quien se sabe los recovecos de la Olimpiada tal o cual, o las desventuras matrimoniales de las famosas del cine. Nos topamos con portentos de memoria que recitan de carrerilla los discursos pronunciados por los grandes de la Tierra en el Consejo de Seguridad de la ONU desde que tal Consejo se reúne. Podemos ver, tarde de domingo arriba, un afortunado mortal que, sin gran esfuerzo aparente, logra recordar hasta diez nombres de árboles, o de peces, o de minerales... (No importa que diga que el llantén es una conífera: lo esencial es saber que el llantén es un vegetal y no un mamífero, tampoco conviene exagerar). Y hay finalmente quien ante la urgente necesidad de enumerar ciudades europeas, tras relativos sudores y ya en el límite del tiempo reglamentario, vomita por fin: ¡Madrid...! Los aplausos estallan y el prodigio [124] sapiente se vuelve a casa con una buena propinilla en el bolsillo. Y aureolado de fama de notable sostén de la cultura nacional.

Todo este batiburrillo nos demuestra uno de los grandes males de nuestro tiempo: la trivialización de la Cultura, el echar conscientemente por una vía muerta todo lo que pueda sugerir trabajo, seriedad, trascendencia. De propina, tan ejemplar tarea se nos endilga, sin grandes escrúpulos, en un español lamentable, repleto de ignorancias y audaces simplezas. Oímos a cada paso exhumación por inhumación (¿Por qué no decir entierro, enterrar, etc..., tan clarito y que no ofrece dudas? Pues ya sabemos lo que se ha hecho con el cadáver de Rudolf Hess: exhumarle). Anfitrión, es el invitado, en boca de estos parlantes, indudablemente para darle mayor realce y que aquello que se coma en la casa ajena sea un honor para el anfitrión real. Vemos con desoladora frecuencia a los eruditos premiados hacer, orla de frenesí al canto, el gesto de la victoria con los dedos, al aire los dos brazos, abrazándose apasionadamente si han acudido en parejas. Si el premio es un coche, el soñado coche, exhibido por atrayentes señoritas, el alborozo supera todos los cánones. Y tanta y tanta alharaca porque han sabido citar tres o cuatro ríos españoles. El quinto ya resultó foráneo. El Támesis, el Plata... También es verdad que el mundo anda de cabeza, pasa cada cosa... Y como no perdonan una en el concurso... Por si sirve de alivio a la angustia sufrida en el tenaz interrogatorio, sería muy oportuno saber qué encerraba una frasecilla oída hoy mismo, agosto desangrándose, a una de esas lindas bocas chiquitoapretadas que nos endulzan [125] la sobremesa: partido en gala por dos. No sé ya a qué aludía, pero, desde luego no era a partido, partir, ni había gala que valiera, ni dos elementos cizañeros... Nada. Eso es lo malo, que detrás de este vocerío no suele haber nada. Si se quería desenterrar el prestigio literario de la expresión partido por gala en dos, hemos de reconocer que no hubo gran fortuna.

En ocasiones, estas voces andan preocupadas y viven con gesto compungido. Están muy tensionados por no considerarse a sí mismos evasibles de la coyuntura. Cuando hablan de

matrimonios, conyuge y cónyuge andan a la gresca. La necesidad de verter matices de habla especializada provoca en el auditorio viva desazón ante el despiste que el parlante demuestra. Han habido tormentas en la próxima tarde es un buen ejemplo. Claro que hablando del tiempo, tan inestable él... Todo es posible. A veces, la seudobroma acarrea situaciones pintorescas. El sufrido oyente -¿qué harán estas buenas almas de Dios, toda la vida colgados de los aparatos...?- ha de reconocer un trozo musical y decir su autor. Suena Tristán e Isolda. Los concursantes derrochan sabiduría: Jacinto Guerrero, Schubert, «una zarzuela vieja». Es decir, música celestial. Por fin, una decidida voz femenina se atreve con lo serio y afirma que aquello es de Bach. Quizá piense: «Suena tantas veces ese señor Bach...- con mucha ch final. Se le dice que no es Bach (con mucha ch) pero se le corrige pronunciando Baj, con mucha jota. La interesada, modestita ella, repite Bajjjj con verdadero entusiasmo: debe de suponer que ha acertado. Pues no, no ha acertado usted, señorita... (y oímos su nombre con entera familiaridad, [126] lo que, de no conocerse personalmente, ronda la falta de cortesía, impropia del sitio y de la ocasión). Con suficiencia y prefabricada simpatía, se le aventura que, bueno, no es de Bajjjj, pero quizá es de un autor cuyo nombre, en la primera parte, puede ser eso o algo parecido. Inútil persecución de un apellido doble, es decir, de contarle los pies al gato. Nada, no se da con la segunda parte. Ya pasado el tiempo concedido, nos enteramos de que corresponde a un autor apellidado Bajjner. Sencillamente magnífico. No hay cosa más alejada de la música, de la seriedad exigible a ciertas tareas, ni de la familiaridad con la materia en discusión por parte de los aguerridos respondones. Y no existe la menor sombra de respeto hacia cualquier persona que por fas o nefas tenga que escuchar esas ineptias. ¿O vamos a considerar como respeto los equilibrios, verdaderamente inestables, que acarreó un cómicos de la lengua? Los inútiles rodeos para remediar el error no hicieron más que destacar el deslenguamiento.

Todo este facilón comportamiento lo podemos traspasar a muchas esferas que, al parecer, tienen estrecha relación con la Cultura: al enjuiciar libros recientes, al dar noticia de un concierto o de una representación teatral, o de una exposición, o de la versión cinematográfica de un texto ilustre. ¡Qué revoltijo de superficialidades, de confusión, de falaz queja política...! Así, la Cultura se convierte en una reunión de torpezas disecadas, que, monótonamente, reitera incompletos lugares comunes. Aún es más hiriente tal situación cuando quien así nos adoctrina lo hace en una lengua balbuciente, con llamativos hiatos entre las palabras, convirtiendo [127] la cadena fónica del español en un morse reumático y acezante. ¿Cuándo vamos a tomar en serio estas penosas circunstancias? ¿Se puede decir responsablemente, con motivo de una emisión que llegará a otro país, que así se fomentará el conocimiento de la lengua española más allá de nuestras fronteras? No olvidemos que se trata de un país en el que la preocupación por nuestra lengua debió ser para nosotros empresa prioritaria y mantenida. Aviados estamos, si tal afirmación no es una inocente facecia, aviados estamos. Creo que ya va siendo hora de verter alguna atención consciente sobre este despeñadero. Terminemos con esta invasión de chabacanería, ignorancia y fatuidad. O acabaremos todos por repetir (con lo que tal acomodación encierra) cuando estamos en el aniversario del primer mes de la matanza de iranés... (aludía al suceso de este último y aún no terminado verano). En fin, Cervantes, como siempre buen amigo, nos avisaba: «Llaneza, muchacho, que toda afectación es mala». Recobremos la llaneza, o un buen día amaneceremos partidos en dos, y no por gala precisamente. [128] [129]



- XVII -

Tuteo, tuteo

[130] [131]

Estamos asistiendo a un descarado, a veces tumultuoso, avance del tratamiento tú en detrimento del usted, que, tradicionalmente, marcaba distancias respetuosas. El tú aparecía en cuanto esas distancias se acortaban, bien por mutuo acuerdo o, lo más frecuente, por crecimiento de la confianza o de la intimidad afectuosa. Todavía en un ayer próximo era bastante rígido el funcionamiento del tuteo. Surgía normalmente en colectividades (colegios, cuarteles, agrupaciones de todo tipo), pero siempre dentro de los componentes del mismo escalón: estudiantes, soldados, socios, sin que, ni por un momento, cupiese la idea de envolver en ese tuteo a los que ocupaban un lugar superior jerárquico, profesores, oficiales, mandos, etc. Pero razones de índole política o de lucha social han trastocado seriamente el esquema de hace unos años. Ya en la guerra civil, en los dos campos en lucha, la exigencia de la camaradería (agravada en un bando por la negación de todo prestigio a las castas directoras) generalizaron un tuteo que no desapareció del todo al finalizar la contienda ni al pretender desenterrar [132] los hábitos tradicionales. Continuó, eso sí, un tuteo que nunca fue grato a las clases educadas, pero sí típico de las adineradas o burguesas: el dirigido a los que ocupaban puestos sociales de menor influencia (camareros, vendedores de periódicos, trabajadores manuales...) y que, en general, era considerado de mala educación por muchos y soportado con mayor o menor disgusto por los interpelados. Al margen de modas y castas, el tuteo fue cobrando terreno a pasos agigantados. En Universidades, centros de investigación, etc. se trataban de usted, todavía en los años cuarenta, los colegas de cierta edad que incluso habían estudiado juntos. Los estudiantes, ya llegados a profesores, seguían tratando de usted a los maestros de las generaciones viejas, pero enseguida tutearon a los maestros más directos, egregios algunos. Y eran correspondidos gustosamente. Pero, téngase en cuenta, el tuteo era consentido y otorgado por el de mayor edad, maestro, jefe, etc. «Nos tuteamos», o «le trato de tú» eran marchamo orgulloso de calidad y preponderancia para quien así hablaba.

En la actualidad hay una escandalosa vuelta al tuteo, por si quedaba algún resquicio de respetos. Flota en la superficie de la convivencia un difuso «camarada» o «compañero», que no tolera el usted. Han desaparecido las fórmulas solemnes de los documentos oficiales y los tratamientos por cargos, dignidades, etc. están sufriendo una erosión acusada, tanto más llamativa cuanto que, al lado, hay quien, advenedizo, se aferra, violento, a las fórmulas y el protocolo agobiante. En estas situaciones, la solución es echar por la senda de enmedio [133] para no plantear problemas: a todos, en cualquier circunstancia, de tú. Y todos tan contentos. Así se explican las ya frecuentes comunicaciones oficiales, traslados, convocatorias, telegramas, etc., que nos llegan de entidades totalmente ajenas a nuestras vidas en los que se nos trata de tú. A veces, esos documentos aparecen con lamentables equivocaciones en los tiempos verbales correspondientes a los tratamientos, equivocaciones intolerables dentro de un español medio, y que vienen firmadas por prohombres de la vida

pública. Y lo peor es que también hablan así. Consecuencia: el tuteo se ensancha, se trata de tú a los profesores (si no son chirriantes carrozas, que no se les trata más que a batacazos), tutea al enfermo en la clínica el personal auxiliar bajo pretexto de hacerse simpático, nos llama de tú quien nos pregunta algo en la calle o quien está a nuestro lado en la cola del autobús. El desconcierto es enorme, pero no se detendrá el proceso. Una sociedad igualitaria (por ahora falsamente igualitaria) utiliza el tuteo universal como el rasero que nivela castas, diferencias, privilegios, etc. La hipócrita camaradería de ciertos medios burgueses propaga el tuteo del mismo modo y con igual rapidez, aunque los motivos sean dispares.

Frente a este tuteo vuelve a oírse, cada vez más, el viejo él de tratamiento respetuoso. Probablemente por influjo americano, como tantas otras cosas. Se nos había enseñado a no decir nunca él señalador, porque resultaba ofensivo para la persona a quien se dirigía. No se toleraba, hablando de una tercera persona presente, Ella es..., Ella tiene... Él hace... Era menester citar el [134] nombre de pila, el de parentesco si lo había, o un demostrativo, o el usted reglamentario y aséptico. La persona aludida por él gritaba sin disimular su incomodidad: Él tiene su nombre... Ella será la muy gorrina que mataremos en noviembre... Yo tengo mi nombre... Esto nos indica que aún estábamos cerca del movimiento de repulsa que eliminó el pronombre y lo relegó a zonas laterales. Vive aún en ciertas comarcas; en el habla asturiana o leonesa aún se oye la salutación al recién llegado: «Bienvenido sea él, y su compañero también». Es uso cervantino, y vivísimo en el viejo romancero. En el Quijote leemos: «¿Quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él?». 'Con usted mismo'. Todavía se canta en tierras occidentales de la Península un viejo romance muy ilustrador: «...muerto queda en la guerra / y en su testamento dice / que yo me case con ella» 'contigo, con usted'. Hoy no lo entendemos. Pero restos muy vivos perduran en el español americano. Marido y mujer pueden llamarse de él y de ella ante otras personas, y la voz se llena de respeto y de amor. Nuestra televisión, sin aprender los matices, nos llena hoy de esos él o ella. Después de gastar mucho tiempo en elogios y alabanzuelas sobre alguien que ni vemos ni conocemos, se nos dice: Él es... Ella es... Y se nos da por presentada la imagen de la que no sabíamos nada ni habíamos oído nunca el nombre. ¿A dónde puede llevar todo esto? Quizá ayude la ya muy escasa presencia de ese pronombre en frases rebosantes de cariño, mimo, etc. «Ay, mi niño, ¿qué le han hecho a él?» (qué te han hecho a ti), o con evidente cólera: «¡Ella tenía que ser!» (¡tú tenías que ser!). Dadas la indiferencia y la torpeza con que se maneja el propio idioma, este [135] descuido de las formas puede llevar a romper todo el esquema de nuestros tratamientos. Una vez más, la contención elegante, la desenvoltura que envidiaban las sociedades europeas en la conducta y el comportamiento de los españoles, vuelve a quebrarse, por una oleada de engañosas actitudes sociales, que sólo delatan una monumental ignorancia de la propia lengua, o, lo que es peor, una gran dosis de chabacanería. [136] [137]

- XVIII -  
Todo cambia

[138] [139]

El léxico que se nos ofrece en los diccionarios se presenta en una nivelación temporal que, aunque la intenten matizar las connotaciones (desusado, anticuado, vulgarismo, etc.), no logra perfilar con rigor la vigencia de la palabra. Un caudal de voces, claro está, permanece invariable: pan, padre, luz, cielo, agua, hijo. O por lo menos no varía aparentemente. Pero las contingencias vitales, los acaeceres, las especiales maneras de ver la circunstancia provocan la aparición de nuevas palabras, o cargan de sentido inédito las ya viejas y habituales. Y esas mismas razones pueden también causar la desaparición de otras muchas voces, larga teoría de olvidos que, en ocasiones, resucita con un aire renovado, tras mucho tiempo de clausura. Sobre todo, si son cosas. La moda, los espectáculos, los hábitos de la conducta social, las relaciones de la vida pública... Todo es cambiante, tornadizo. Y detrás del cambio, se acusan las fronteras de una actitud colectiva diferente. Por ejemplo: los españoles del siglo XVII se vestían, si eran lujosos los atuendos, con brocados, holandas finas (todavía el Diccionario [140] de Autoridades se ufana informándonos de que con este tejido se «hacen las camisas las gentes principales y ricas»). Se empleaban tejidos de cambray, tabíes y gorgoranes. Y si las vestiduras eran modestas, o simplemente destinadas al diario batallar, se hacían de anascote, de buriel, de cotonía. La ropa interior del hombre medio sería de lino, lienzo casi eterno, tejido en casa. Pero en el siglo XVIII, con la transformación que la cultura francesa acarrea, los paños tradicionales se convierten en otros de nombre extraño y sugerente: raso, gro, moaré, satén, (¿quién reconocería en el recién venido satén el aceituní?), y los venerables hilados se convierten en batista, franela, madapolán, muselina. Las damas de la comedia lopesca, tapadas con mantos de soplillo dejan definitivamente su hueco a sus descendientes, que se adornan con mantelinas de organdí... Tras ese rápido olvido de lo que fue el aire externo de la corte de los Austrias, palpita el torrente de preferencias, caprichos y estimaciones de la sociedad borbónica, con sus diferentes nortes de atracción, sus formas renovadoras de la convivencia.

La transformación ha sido mucho más apresurada a lo largo del siglo XIX y aún lo será más en lo que va del XX. Es frecuente comprobar cómo, ante lo nuevo y velozmente impuesto, se acomoda la voz antigua, llenándose de sentido (coche por automóvil, o por vagón del ferrocarril) o se recurre a una imagen que inserta lo recién venido en el paisaje anterior: caballo de acero por bicicleta. Todavía quedan, a ambas orillas del Atlántico, establecimientos comerciales de bicicletas, motos, etc., con ese apelativo. El mecanismo es el mismo [141] que subyace en camino de hierro. Son muy frecuentes los usos de rugir o bufar para designar el ruido de las locomotoras y es también frecuente la imagen que describe el tren en movimiento como una serpiente. Pero los usos sociales se dejan ver muchas veces con diafanidad. Tal es el caso de la actual compañera. La voz es muy vieja en español. Con el valor de «igual, equivalente» está en la lengua medieval y en textos ilustres (Berceo, Juan Ruiz, Poema de Aleixandre). También es de ese tiempo la significación «que está al lado, persona que comparte con otra algún quehacer, etc.». Es el valor más divulgado: compañero o compañera de clase, de juegos, de trabajo, de penas y fatigas. Sin embargo, compañera se fue tiñendo de cierto matiz reprobatorio al aludir a «mujer que vive en compañía de un hombre sin los requisitos sociales». De la fórmula sacramental, «compañera te doy, que no esclava» se fue diluyendo su contenido y compañera vino a representar un uso social censurado. De ahí a concubina apenas queda un huequecillo. Y con este último valor se ha empleado todo el siglo XIX y los inicios del XX, con todo lo que encerraba la voz de hipócrita disimulo. Incluso en documentos judiciales puede leerse

compañera como equivalente de «amante, concubina». Indudablemente, el uso de una voz que circulaba en la conversación digna, limpia de toda sombra, desempeñaba un papel eufemístico y ayudaba eficazmente, en determinados círculos, al destierro de querida (y sus derivados despectivos y a veces injuriosos) barragana, manceba, tronga, colina, daifa, entretenida... (Sería muy tediosa letanía recordar tantas palabras marginadas). Pero con los movimientos sociopolíticos, exacerbados a [142] partir de la Segunda República, urge volver a poner en marcha un nuevo contenido, un leve pero muy importante matiz: el de mujer-esposa que no acepta ni obedece los vínculos jurídicos o religiosos. De ahí el frecuente compañera en el léxico de los escritos (y de la vida misma) de cierta ideología que anhela acomodar la vida con el pensamiento. Acabada la guerra civil, ese compañera pasa, en cierta forma, a la clandestinidad, oculta bajo la recia capa de una ostentosa ortodoxia católica. Cerrado ese paréntesis de nuestra historia, compañera volvió a la superficie, quizá alzando demasiado la voz -suele ocurrir esto tras periodos de obligado silencio- hasta el punto que comienza hoy a ser «vigilada» en su uso por determinantes concretos. Aún ayer, en un periódico de tono conservador, respetuoso con los valores de la familia tradicional, leíamos lo que podemos considerar como la consagración de este uso. Se citaba a una de estas mujeres que han escogido su forma de hacerse su vida acorde con su pensar, y se le proclamaba compañera sentimental. Lo que aún suena un tantico cursilón en muchos oídos. Si ya hay compañero de viaje, con claro y diferenciado contenido, compañera sentimental va camino de conseguir su propia autonomía. Lo cierto es que compañera, mi compañera va adquiriendo la sencilla dignidad de mi mujer, y alejándose velozmente del siempre solemne esposa, señora. Es verdad que todavía ofrece compañera flecos de combatividad. Por lo menos, no he oído que compañera tenga los reflejos delicados, afectivos, de mi costilla, mi parienta, ni tampoco los burlescos de mi susodicha. Pero todo será cuestión de tiempo. Por lo pronto está muy claro el impulso sociopolítico que ha elevado la [143] voz a su escalón actual: afirmación de no querer relación jurídica ni sacramento, sino libérrima resolución. Las sociedades cambian y la lengua con ellas.

Muchas son las palabras que llamarían nuestra atención siguiendo esta ruta. Hoy no hacemos más que intentar desbrozarla. [144] [145]

- XIX -

Palabras van, palabras vienen

[146] [147]

En la lengua de todos los días, fluyen aquí y allá, inesperadamente, palabras que suelen hacer fortuna. Se divulgan, suenan en todas las bocas, penetran en casi todos los ámbitos sociales y, tras un período de vigencia, desaparecen. Pasan una crisis de gradual olvido hasta que, sin pena ni gloria, pasan a ser historia. Naturalmente, los períodos de moda o de uso son muy diferentes. Pueden ir desde varias generaciones hasta un corto plazo de tiempo, quizá dentro del breve margen de una misma generación: lo que dura en el candelero la razón extralingüística que las provocó. Así, por ejemplo, ¿quién se acuerda ya de petardo como sinónimo de «aburrido, malo, calamitoso»? Película petardo, señora

petardo, día petardo... Alguna que otra vez podemos oírlo, pero ya nos suena algo extraño. Y desde luego, nadie lo pondría en relación con petardo «estafa», de donde petardista, etc.

Muchas han sido las palabras de uso general que hemos ido viendo vaciarse de contenido, restringir su frecuencia hasta acabar Dios sepa dónde. En la década de los veinte, y en la de los treinta, la lengua ofrecía a cada paso la lucha entre silbante y pirante. Las dos [148] pretendían llenar, bajo una oscura capa de disculpa, benevolencia cariñosa, el hueco de golfo, que tenía unas fronteras más nítidas, con flecos de delincuencia. Silbante terminó por desaparecer. Fue muy frecuente en cierta literatura madrileña, sobre todo en el género chico, y Galdós la empleó alguna vez (Luchana, 1894, España sin rey, 1908). Todavía nos lo topamos en Troteras y danzaderas, y es familiar a Pío Baroja. Evocaba el tipo achulado, desocupado, que disimulaba silbandillo, falsa tranquilidad, ante la presencia de otras gentes, o de los guardias o guindillas. Pirante alcanzó mayor nivel literario. Valle Inclán lo utilizó con cierta frecuencia, ya en paralelismo con golfante (Luces de Bohemia, La hija del capitán). También Arniches sacó a relucir esta palabreja, en varias ocasiones. Con frecuencia era una forma suavizada de evocar al primitivo mangante, ladronzuelo, de mangar, «robar». Azorín, acuciado por la frecuencia llamativa de pirante, dedicó un delicioso articulillo de Blanco y Negro (enero de 1914) a destacar la simpatía que pirante despertaba frente a golfo. Su testimonio avala no sólo la frecuencia de la voz, sino la benignidad con que fue recibida en todo tipo de hablantes. Hoy, pirante, cuando nos aparece en un texto, exige un cuidadoso comentario.

Otro tanto ha sucedido con expresiones muy frecuentes en los umbrales de la guerra: el gachó del arpa o el francés de la mona atestaban la conversación. Se aludía inicialmente a músicos callejeros, italiano el arpista, francés el hombre que, con bombo, platillos y un acordeón, y un mono diminuto al hombro, (alguno sería francés, no lo discutamos, quizás al principio, pero [149] luego...) tocaban por las esquinas, cantaban cuplés o cancioncillas alusivas a personajes y sucesos cercanos. Era muy frecuente el empleo de esas expresiones para manifestar incredulidad, o negación total, ante algo que se nos quería dar por buena mercancía: «Cuéntaselo al gachó del arpa...». «Eso no se lo cree ni el francés de la mona...». Fueron perdiéndose, de tal modo que ya estaban desprestigiadas al comenzar la guerra, sustituidas por un cuéntaselo a la Cibeles, o por un ¡apartaros, que son las doce...!» recordando la bajada de la bola («mentira») del reloj de la Puerta del Sol. ¿Quién utiliza ya jarabe de pico, «charloteo», jarabe de fresno, «paliza»? Los polvos de la madre Celestina llenaban la fantasía infantil de extraordinaria capacidad milagrera. Los manejaban y vendían los charlatanes y buhoneros, Rastro abajo, para lucir portentos ante el asombrado y zumbón auditorio. Hoy...

En muchos casos, la lengua popular ha echado por la senda de enmedio y, olvidando la multiplicidad del vocabulario, ha escogido una palabra que pretende -digo pretende, no que lo logre- llenar los huecos matizados del léxico existente. Algo pesado, reiterado o poco interesante se podía llamar (repito: había muchos y muy delicados matices) de mil maneras: lata, tabarra, monserga, pelmada, cansera, letanía... Hoy, todo eso, y muchas otras más, se despacha con rollo. Probablemente, tras este rollo se esconde el antiguo valor «expediente judicial, larguísimo, aburrido, complicado, tedioso». Y también subyace la viejísima frase mandar a uno o irse alguien al rollo, ya empleada por Quevedo, frase que equivalía a «despedir a alguien por desprecio [150] o por no querer atenderle en lo que dice o pide».

Así la define el Diccionario de Autoridades. Los diversos usos actuales de rolo suponen una expansión de sus funciones gramaticales (ser alguien un rolo, soltar el rolo, andar en mal rolo, etc.). De la lejana base clásica, erudita y grave, se ha pasado a la coloquial moderna, jergal y bullanguera. Pelas o leandras son ya muy viejas y aparecen en textos del siglo XIX, segunda mitad. No hay, pues, invención juvenil. Hoy, el dinero es ante todo una pasta. Si es cantidad crecida, un pastón, o pasta gansa. Pasta es también viejo y su valor «dinero» procede del paralelo «masa de metal noble fundido y sin labrar». No hay tampoco invento alguno. Pero, ¿dónde se han escondido parpallas, pelañís, melvas, legañas, misas, beatas, licurcias y tantas más? Pastizara, tan significativa, muy raramente se oye. Arniches sabía dotarlas de claros contenidos.

Cada época, cada grupo humano se arrojan bajo un lenguaje en que creen ver sus mejores señas de identidad. Muchas veces, de esas hablas ocasionales o marginales, algo pasa a la lengua general e incluso a la literaria. Pero debemos extremar la cautela ante ellas, afilar en cambio la curiosidad para explicárnoslas y ejercitar al máximo la voluntad de entendimiento. Siempre esas modas o cambios vienen escoltados de una circunstancia social que está exigiendo atención. Por lo pronto, siempre habrá que tener en cuenta que muchos de los hallazgos ocasionales de la lengua cotidiana no pasan de resurrecciones de viejos modos, vestidos de otra manera. La razón de esa vestidura renovada es lo que debe preocuparnos. [151]

- XX -  
Olvidos

[152] [153]

En el habla cotidiana, las palabras van, vienen, adquieren abrumadora frecuencia y, con igual facilidad, se olvidan. Cada generación incorpora, con mayor o menor intensidad, un léxico propio que la retrata, acusa sus preocupaciones, sus hábitos, sus estimaciones, sus fobias. Otras veces, y tras un período de vacilaciones (todo depende del origen real de la voz, es decir, si es un cultismo, un préstamo de otra lengua, una expresión jocosa de algo muy vivo en su momento), permanecen, cambian de sentido o se acomodan a nuevos estilos de vida. En una ligera escudriña en la memoria, recuerdo alguno de estos casos de la segunda y tercera década del siglo que se va acabando, casos que ejemplifican muy bien lo que vengo diciendo.

Una voz muy representativa, ya desde los años finales del siglo XIX, muy presente en el género chico y en la literatura burlesca, fue pirante. Hoy nadie dice pirante: cuando aparece escrito, necesita de oportuna anotación y ajustado comentario. En cambio, su sinónimo [154] golfo vuelve a emplearse con el matiz cariñoso y amigable que tuvo pirante. Pirante substituyó precisamente a golfo, demasiado impregnada de repulsa, y se usó con un inevitable guiño de ojos cómplices: «¡Quién tuviera los miles de ese pirante...!» dice Valle Inclán en Luces de Bohemia, aludiendo al Conde de Romanones. Tras de un esguince léxico, se adivina la complicidad admirativa del desheredado hacia aquel que se enriquece

en sus cargos públicos, es decir, el clandestino acuerdo entre el hombre de la calle y la corrupción imperante. Pirante (y pira, pirandón, mucho más madrileños) fue objeto de un delicioso artículo de Azorín, publicado en Blanco y Negro y recogido más tarde en París bombardeado y Madrid sentimental. Hoy, al oír pirante, el regusto de cosa pasada anula sus posibles valores. Fue exponente claro de una situación lingüística donde el gitanismo desempeñó un papel importantísimo. Pira, «huelga, huida», era típica de la jerga delincuente del siglo XIX. Nosotros y en conversación digna, nada jergal, seguimos diciendo pirárselas o darse el piro. Todas estas formas han tenido frecuente uso literario.

No sé si pichi, en vocativo, o pichichi, aún más cariñoso e infantil, sonará mucho a los oídos de los acostumbrados al jai, al tronco, al tío, al macho... Pero pichi; tú, pichi, (o pichichi, dirigido a los niños y envuelto tenazmente en mimosa ternura), estaban en la boca de todos los madrileños y se extendieron por todo el país. Su aparición en el teatro popular como figura central del famoso chotis de Las Leandras, donde Celia Gámez seducía a la mesocracia española, llenó el territorio [155] nacional de Pichis. Hubo, y se llevaron con satisfacción, prendas pichi, especialmente un pantalón negro, con peto y tirantes sobre una camisa de color azul claro, tal y como la revista personalizó al chulapo barriobajero. Una visera a cuadros completaba la estampa. Las rifas del chupen en las verbenas, y en las momentáneas de los trenes de cercanías, y también en los bazares lujosos, llenaron sus ofertas de muñecos de todos los tamaños, que reproducían al personaje, con visera ladeada, el eterno pañuelo blanco, de seda, al cuello, el pañuelo de las venerables zarzuelas madrileñas, escoltado por el trasfondo musical muy repetido. Pocas veces habrá habido un éxito tan extenso y rápido. Pichi, en vocativo, podía llenar todos los huecos posibles: interés, afecto, despego, cólera, desdén, cariño... No encuentro en las fórmulas actuales la universal riqueza, ostentosamente despilfarrada, que pichi envolvía. Es muy probable que pichi, pichichi, pichinchi, por muy enrevesados caminos, nos lleven hasta diversas formas latinovulgares para dar idea de «pequeño». Ya antes de la famosa revista que lo divulgó, pichi se empleaba en el habla de los barrios madrileños como vocativo: «Chico, tú, hombre, etc.»; vivía en círculos muy limitados.

Por los años veinte (no tengo a mano fuentes precisas de información) comenzó a llegar el turismo a España. Se les notaba enseguida a los viajeros, por su forma de vestir, por su comportamiento marginal. Llamaban la atención vivamente en un Madrid en el que aún se reconocía el origen variopinto de paletos e isidros por las vestimentas, últimos residuos de los trajes populares [156] o tradicionales. Se llegó a decir que un perro recién esquilado, con adornos de su propio pelo en el cuello, rabo o parte baja de las patas, iba vestido de extranjero. Eran los tiempos de la Comisaría Regia del Turismo y del posterior Patronato Nacional. Aquel Patronato que levantó los primeros paradores (Gredos, Úbeda, el albergue de Quintanar de la Orden) y que editó guías verdaderamente admirables, redactadas por don Elías Tormo (Alcalá de Henares, Sigüenza, Aranjuez, Museos de Toledo...). Y la gente empezó a pensar en el turista como un ente superior y extraño, que gastaba su vida en eternas felicidades, derramaba opulencia, infatigable visitador de ciudades maravillosas y siempre boquiabierto. Las maletas comenzaron a prestigiarse en fantástico escalafón, graduado según las etiquetas de hoteles, aduanas y ciudades por las que habían pasado y que resplandecían, pegadas con artesanal engrudo, sobre la tapa, los lomos, el fondo... Turista, palabreja ya usada por los costumbristas románticos, fluyó en la conversación casi como hoy tío o macho. Sustituyó a fulano si no era vocativo. Y entró a formar parte de

frases muy típicas de la engañosa despreocupación madrileña: Yo, de turista, es decir, ¿Y a mí qué? ¡Hola, turista! equivalía a «Hola, gandul», a «Buenos días, tío serio», o vaya usted a saber qué. «Ya era hora, turista», salutación al que llegaba tarde a una cita. En una manifestación callejera, podía haber la cabecera presidencial, los afiliados a tal o cual entidad y, detrás, bien diferenciados de los proletarios o protestatarios del caso, los turistas, un buen coro de turistas, gentes a las que no se sabe dónde acoplar, pasajeras, escurridizas, anónimas. La formalización y abundancia del turismo, [157] considerado incluso como un interés nacional económico, acabó con el uso un sí es no es guasoncillo de la palabreja.

Muy próxima a turista debió de ser funcionario, galicismo que desde mediados del siglo XIX revestía de amable pedantería y dignidad el tradicional empleado. (Hoy podemos decir, en pirueta de burla y desencanto, que somos empleados del Estado, lo que, sin duda, causa asombro en quien lo oye). Funcionario podía revestirse de desdén, de una clara, diáfana proclamación de inutilidad, de vagancia. Seguramente de escondida queja antiburocrática. Lo cierto es que alguien que se pasease lentamente por la calle de Alcalá o por Recoletos, discretamente vestido, era un funcionario. La persona que pretendía algo y no sabíamos bien quién era o qué quería, era un funcionario. Al que se retrasaba en llegar a casa -¡la hora rígida del mandato paterno...!- se le calificaba sin vacilación: «Dónde estará a estas horas ese funcionario...!». Todavía en los momentos de las luchas sociales anteriores a la guerra civil, al obrero que no cumplía o que desempeñaba mal su trabajo se le llamaba funcionario, con no disimulada inquina. Funcionario podía ser el fontanero, el electricista, el cobrador de esto o de lo de más allá. Hasta hubo algún femenino: las obreras de un afamado taller de plancha, próximo a la Plaza Mayor, eran funcionarias. Poco más o menos, este funcionario suplía los huecos dejados por artista, designación que tanto asombraba a Mesonero Romanos en el XIX. Estoy seguro de que en los periódicos, en las caricaturas, en el teatro menor burlesco, se encontrarán fácilmente testimonios de estos [158] usos.

La lengua utiliza con eficacia este juego de síes y de noes, y se embarca, entusiasta, en las circunstancias del contorno y enmudece, a su manera, cuando estas circunstancias desaparecen. Pero el léxico coloquial, olvidado con frecuencia, es una excelente fe de vida, con la que hay que contar siempre: está ahí, al ladito, luciendo su riesgo ocasional, su permanente gracia. [159]

- XXI -

Palabrejas consensuadas

[160] [161]

Desde hace ya algún tiempo, en todos los periódicos, y con frecuencia, aparecen opiniones encarriladas a defender la lengua que hablamos. Se dice una y otra vez que se habla mal, que se escribe peor, y que si el anglicismo, y que si las normas académicas... Es muy fácil, tanto como pintoresco, tropezarse, en el mismo día y en los mismos medios, consejos sobre acentos, verbos irregulares, personales átonos, etc., y, a la vuelta de la página, recrearnos con solecherías sin bordes y con errores mentales catastróficos. Y no



pasa nada. Es peligroso generalizar, pero... Adelantaré que, en lo que se refiere a la lengua de la tele, lo censurable de veras es la extraña entonación con que muchos de sus héroes nos obsequian. Algunos parlantes son tan desafortunados en ese aspecto que acabarán por convertirnos en aquel Lentejica del cuento tradicional, que se murió de un orsequio.

Es evidente que las ansias de cultura idiomática bullen y bullen por todas partes y, como suele ser corriente entre nosotros, con verdadero arrebató. No hace [162] aún una semana que, en un suculento despacho de la administración estatal, una amena discusión sobre el significado de álgido terminó de mala manera. Insultos, amenazas, explosiones, invocaciones a las fechas gloriosas de la Historia patria... El Jefe de la Sección sostenía que álgido equivalía a «frío»; un subordinado, que «caliente». Dios, la que se armó. Hubo apuestas, expresiones de ironía gordezuela, apelaciones a las canas, la autoridad jerárquica y el lugar de nacimiento. Se despacharon telefonazos a la Real Academia Española, al Congreso de los Diputados y al Vaticano. El médico de la casa, llamado a consulta, vino a complicarlo: como todos recordaban que se aplicaba a la fiebre en determinadas circunstancias (¡hombre!, a ver cuándo has oído tú que se diga de las castañas que están álgidas, o ¡algiditas, que ahora queman...!, estaría bueno...), el médico, que lo pensaba por vez primera, explicó: «Pues que el enfermo la va a diñar a toda prisa, y punto». Los dialogantes, escandalizados, se largaron a casa, cura de reposo al canto. Y al cuerno el diccionario, sí, pero cada cual con su tema, sin enloquecer por ello.

También hace algún tiempo, sientensen, pronunciado en amargas circunstancias, hizo que todo el mundo se sotorriera a su costa. Sin embargo, son innumerables las bocas españolas que lo dicen, y los dialectólogos explican el por qué. Lo cierto es que la palabreja estaba fuera de lugar, no casaba con el sitio donde era pronunciada. Sonó en tribuna apropiada para voces de sentido abstracto y trascendental, como ascensión, sobredimensionación, posicionamiento (¿habrá posicionamentación...?), etc. Para estos casos, en lugar de la [163] inevitable bronca, con sus ribetes de superioridad, yo propongo perseguir un consenso sobre una voz facilita de pronunciar, y, si existe, tanto mejor: digamos deportación, al ladito de glorificación, su opuesta. Según se desprende («como su nombre indica»), deportación es «salir de veraneo con toda la familia a cuestras», y glorificación, en cambio, «quedarse solito en casa». Por este camino de implantación de nuevos usos sugestivos, neologismos de diáfano sentido, pronto la Historia de la lengua española contará con un apartado más: la lengua de la transición o del transicionamiento, según hallamos logrado consensuar. Solamente los grullos arraigados en ciertas tradiciones serán capaces, (¡pero qué pertinacia, Señor!) de seguir diciendo algo tan inexpresivo como el cambio, suelta de libertades, pasadas por aquí o por allá, etc., etc. Vamos, macanas por el estilo. Claro que la nueva clase media, surgida en ese futuro de la aún más nueva sociedad, dirá expantación, por ejemplo, que no será, en manera alguna, «quitarse los pantis», sino, más profundamente, casi con rescoldo de trágico unamunismo, «enviar a la criada a comprar el pan».

Como las ciencias, obstinadas, siguen adelantando que es un contento, (parece que han tomado carrerilla, véase el insolente AVE, que no deja ver el paisaje, también es ocurrencia, hombre...!), disfrutaremos, gracias a las insospechadas velocidades, de una real ubicuidad. Estaremos a la vez al plato y a las tajadas. Será verdad lo que la agresivísima resurrección de La verbena de la Paloma se empeña en recordarnos. Pero será signo de

nuestro tiempo una ubicidad novísima, que concentrará [164] ideas, hechos, situaciones, sicología colectiva: ublicuidad, que significará, y muy claramente, «estar en todas partes, claro, pero tumbado a la bartola». Será el mejor testimonio de las preocupaciones gubernamentales por nuestro bienestar y, de paso, acallará, quizá para siempre, esa monserga de la competitividad. Y, si no, al tiempo. Ya surgirá el sufijo, prefijo o pegote que matice la voz incluyendo ese concepto de tan intrincado busilis, competitividad.

En esa lengua que nos amenaza, los españoles, dóciles seguidores de tanto consejo como se nos da desde los más roqueros (de rock) castillos del idioma, habremos desterrado los enormes circunloquios a que nos hemos acostumbrado (empleadas de hogar, de fincas urbanas, profesores de educación general básica, y los más recientes, complejos y sutiles sobre el éxito de la Expo o los congresos de poesía) y los habremos sustituido por palabras-cápsula o comprimidos desparpajantes o destrabantes, (dosis masivas para políticos y famosos), en los que resplandecerá el meollo críptico del vocablo. Frente a ublicuo, «trabajador universal, animoso y horizontalizado», destacarán las cualidades excelsas del opuesto. La persona que no carbura y a la que designamos hoy con quince o veinte renglones, según sea el tamaño de su inoperancia, la designaremos con una vuelta a la viejísima y noble lengua de unos desventurados tipejos que escribieron en español hace ya unos cuatro o cinco siglos, y la adobaremos con el cartelito caritativo de mediocre. Pero, por aquello del progreso, mediocre se habrá quedado algo corto, desgastado. Mejor será modernizarlo de alguna manera: [165] mierdoce. ¿A que es bonito, transparente y hasta contagia una sonrisa comprensiva, disculpadora...? ¿Sí...? Pues entonces... Pongámonos de acuerdo, antes hoy que mañana. [166] [167]

- XXII -

Las palabras envejecen

[168] [169]

Urge que la lengua española disponga de su Diccionario Histórico. Su elaboración figura entre las tareas de la Real Academia Española, pero se ve muy lejana su terminación. Cuando podamos manejar este valiosísimo corpus, podremos, en un instante, hacernos una idea de la historia de cada palabra y del estadio sociocultural en que vivía. Las modas en el vestir, las medicinas, las preocupaciones cotidianas, los juegos, la decoración, etc., a cada cambio motivado por las transformaciones sociales o culturales, se nos presentan con nuevo léxico. Y este léxico se ha de rebuscar no como tradicionalmente se viene haciendo, en ilustres fuentes literarias, sino en la lengua diaria, iliteraria, de los oficios, jergas, grupos sociales marginados, etc. Un especial interés ofrecerá la publicidad, en sus diversos aspectos, desde que se viene haciendo. Ya en pleno siglo XVII, el teatro menor, incrustado entre los actos del drama corriente, anunciaba, por ejemplo, los mesones y posadas de Madrid. Muchas veces, el público escucharía estas obrillas ocasionales con mayor atención que el atroz drama de [170] honra que se envolvía en la obra principal. Sí, todo eso ha de figurar -ya va figurando- en el monumental Diccionario Histórico de la Lengua Española,

obra que, paso a paso, va intentando tomar cuerpo. Hagamos hoy una cala en varios sentidos.

Veamos algo a caballo entre la medicina popular, la cosmética y los hábitos propios de ellas. Las damiselas de los siglos XVI y XVII consideraban de buen tono, muestra de belleza, dar al rostro cierta palidez, que se conseguía mediante la opilación, «obstrucción de las vías por donde circulan los humores». La opilación se provocaba o favorecía comiendo barro. Abundan los textos en los que vemos a mujeres dándole vueltas y más vueltas en la boca a trocitos de vasija rota. Algo parecido al actual chicle. Tirso, en *La Peña de Francia*, dice: «Comes carbón, yodo o tierra, / como las damas de Corte, / que diz que adrede se opilan». La opilación se curaba tomando hierro, bien el que iba en el agua, bien en diversos preparados. El agua de las fuentes madrileñas (el agua gorda, que aún hemos ido a buscar alguna vez a las fuentes públicas por mandato del médico) era muy apropiada para tal remedio. El acero de Madrid, la deliciosa comedia de Lope, está levantada sobre la falsa enferma a la que un falso médico lleva a tomar agua a las fuentes del Prado, ricas en hierro, para así poder encontrarse a solas y dar satisfacción a su enamoramiento. «Que agora el acero / cuatro mañanas toméis...», ordena el fingido doctor. Todavía a finales del siglo XIX, un vocabulario dialectal asturiano recoge acero como remedio femenino contra la opilación. (Se tomaban limaduras de acero). Los anuncios de los periódicos [171] recomiendan píldoras que libran toda obstrucción y protegen la «buena marcha del fluido vital». Las viejas infusiones y preparados caseros, sin embargo, dejan su sitio a los brillantes específicos y a toda una serie de productos industriales que fueron arrinconando aprisita el artesano quehacer del boticario. Por cierto, ese hipotético diccionario que anhelamos, nos enseñará cuándo dejó de tener vigencia botica, boticario, para pasar a farmacia, farmacéutico. Todavía en la segunda década de este siglo, los anuncios hablan de que se puede adquirir el maravilloso producto que ofrecen en «las principales boticas del universo». ¿Quién se atrevería a llamar farmacéutico a Don Hilarión, nuestro viejales amigo de *La verbena de la Paloma*? Botica persiste hoy en alguna frase hecha (la maldición ¡ojalá se los gaste en botica!) o refrancillo: Haber de todo, como en botica. En nuestros días, incluso la rebotica, con su aire de tertulia, vida despaciosa, centro de información y contacto de la pequeña colectividad, se ha perdido. Hasta el popular pedrada en ojo de boticario me temo que muy poca gente puede explicarlo. Hoy, cualquier persona, incluso iletrada, utiliza buena parte de la jerga del oficio: hipodérmica, subcutánea, hemoglobina, antibiótico, sulfamida, astringente y tantas más. ¿Se sabe más con este cambio de léxico? Simplemente se ha traspasado el mito de vivienda, pero el temor a la enfermedad sigue siendo el mismo, o quizá más profundo, más acentuado el desamparo, al haber pasado a segundo plano los soportes de tipo moral, religioso, etc.

Curioseando un periódico provinciano de hacia 1875, me he encontrado con un jarabe de caracoles [172] destinado a curar los enfriamientos, la tos, incluso la tosferina (el periódico habla de la tos convulsa o convulsiva, designación aún viva en el español americano). Quizá haya quien no pueda evitar una mueca de rechazo ante esos caracoles. Sin embargo, para enfermedades análogas, se empleó en el siglo XVI la infusión de excrementos de ratones. Andrés Laguna lo recogió. Vicente Espinel, en su *Marcos de Obregón*, nos cuenta que pasó mal trago en Santander, después de una caída en el mar, y que esa infusión era mano de santo. Y Vicente Espinel, extraordinario novelista, gran poeta y mayor músico, no tenía afanes de curandero. Simplemente se curó una neumonía...

Hoy estamos habituados a ver los ambiciosos proyectos industriales, plantas de enorme extensión, hechas con impulso colectivo, amparadas en el secreto de las agrupaciones multinacionales. Y se planean a distancia, buscando lugares apropiados en la geografía disponible. En esos periódicos de hace más de un siglo, nos encontramos los balbuceos de este alarde de riqueza. Los diarios madrileños de hacia 1875 pregonan las excelencias de la fábrica de chocolates de Matías López y López, que tiene su sede en El Escorial (uno de los pocos sitios que le diría algo a cualquier español y al que era fácil llegar), fábrica que ha desaparecido ante nuestros ojos. ¡Qué ventolera de ruina y de tristeza, de ruptura con una forma secular de vida, el día en que, hace pocos años, se abatió la alta chimenea...! En todos nuestros ratos de cine infantil nos salía al paso el anuncio de las tres figuras, antes y después de tomar ese chocolate, y mientras se está tomando. Muy flaca y [173] muy gruesa la figura extrema, y de muy buen ver la intermedia, el que lo está tomando. Esa estampa aún hiere nuestra memoria. A manera de la magdalena proustiana, nos resuena entre los dedos el crujido del envoltorio de las chokolatinas de esa marca. Pues en el anuncio de 1875, podemos leer afirmaciones de este tipo: «Es el más grandioso local que en este ramo se conoce en España. Dentro de sus almacenes entran los Wagones del ferrocarril. Tranvías interiores funcionan para el traslado de las primeras materias y la mercancía». (Obsérvese de paso la ortografía empleada). No es difícil adivinar el gesto de halagado orgullo con que el españolito de a pie se supondría esa fábrica, atravesada por el ferrocarril. Claro que tenía que estar acorde con la monumentalidad del Escorial, y demostrar que el lugar atiborrado de Historia sabía modernizarse. Un sistema parecido encerraba, sin necesidad de pompas ferroviarias, la propaganda de la Compañía Colonial, quien se jactaba de haber sido, hacia 1850, la primera que inició la fabricación de chocolate a gran escala, «con maquinaria de vapor». En mis años de niño, el café y el chocolate de la Colonial en la Calle Mayor, eran los preferidos por los madrileños.

Estamos acostumbrados a repasar los viejos periódicos buscando la ilustración gráfica, los rostros que fueron, los sucesos más sonados. Pero detrás de esas ligeras advertencias de los anuncios, fluye la vida, el calor de lo cotidiano, la charla y las costumbres, el hábito de lo próximo. Y hay que saber extraer de su remoto mensaje la turbación, a veces entusiasta, que su lectura acarreaba. [174] [175]

- XXIII -

Del viejo hablar madrileño

[176] [177]

Urge que alguien, bien pertrechado de lecturas, paciencia y entusiasmo, ponga orden en las íntimas relaciones entre el habla coloquial madrileña y las diversas circunstancias culturales y literarias que la envuelven. Bien cerca tenemos los casos de algo anunciado (polémicas, huelgas, desastres, cambios de rumbo, etc.), donde está presente el título de García Márquez, Crónica de una muerte anunciada. En estos momentos, con motivo de los recientes desórdenes de Cartagena, un periódico hablaba de Y Cartagena cogió su fusil,

donde es evidente el recuerdo de una famosa película norteamericana, de 1971, Johnny cogió su fusil. Y hoy mismo, ya muy crecido febrero, veo, en una llamativa crónica de moda femenina, la cabecera El discreto encanto de la confusión. ¿No está detrás El discreto encanto de la burguesía, el excelente filme de Buñuel? En muchos de estos casos (comienzan a ser innumerables) es muy difícil ya establecer relación entre la realidad recordada y lo que se arroja con su nombre. Muletillas de este tipo son oídas y repetidas con satisfacción, probablemente como reacción [178] oscura contra la frecuente expresión confusa y alienante de políticos y prohombres, tan vacía de suyo. Al utilizarlas, el hablante se siente vagamente seguro, instalado en su propia circunstancia, sostenido por un soporte de erudición universalmente acatada. Pues bien: este rasgo fue muy vivo en el habla madrileña del cruce de los siglos XIX y XX, alimentado por la enorme masa de población inmigrante, rústica, que así creía trocarse en cortesana. Las cuatro funciones del género chico, los cuplés y parodias hacían vivir al hombre de la calle «literariamente». El hablante se dejaba invadir por el prestigio de la cita ajena, compartía su fama y pasaba a habitar un espacio humano nuevo. Se oía frecuentemente, como advertencia a quien iba a hacer algo disparatado o violento: ¡Que tiés madre...! Una fórmula representativa de superioridad se devanaba en ser o no ser un sujeto que tiene vergüenza, pundonor y lo que hay que tener (la última parte de la cita se revestía, olvidado su valor inicial, de cierto regusto obscuro). Era obligado, al paso de una pareja de jovencillas, recordar una morena y una rubia, o bien se citaban los dos nombres, la Casta y la Susana. En los dos casos, hijas del pueblo de Madrid. La razón personalísima para hacer algo se expresaba recordando que también el protagonista tiene su corazoncito. La Verbena de la Paloma (Bretón, 1894) inspiró estos y otros muchos tics del habla madrileña. (Algunos ya, aislados, apenas se reconocen). Procedencia análoga tenía el socorrido te espero tomando café (sin que hubiese la menor posibilidad de tomar café), palabras con que, en la aplaudida Gran Vía, de Chueca, 1866, se citaba la buñolería del teatro Eslava. También es de ese manantial el decir Caballero [179] de Gracia me llaman, cuando alguien se sentía mirado descaradamente. Convivió hasta olvidarse con la tradicional pregunta ¿Tengo monos en la cara? Todo este ambiente de cantables y pequeños dramas doméstico-amorosos del género chico y de la zarzuela grande inundaba el bullebulle de la parla cotidiana. Sería inacabable el repertorio: Mi abuelita, la pobre, qué ropas usaba... De una de estas faldas salen... (¡se llegaba a exagerar hasta cuarenta y tres faldas de la moda corta!), era viva presencia de La Montería, de Guerrero, 1922. Las caricaturas son más representativas que los largos y pesados editoriales. Un pasaje de El joven Telémaco, la obrita de Eusebio Blasco y música de José Rogel, sirvió para que la gente hablara, sin nombrarla, de la princesa inglesa que luego fue la Reina Victoria Eugenia. En el dibujito vemos al Ministro Azcárraga leyendo el Gotha, que, en realidad, es el libreto de EL JOVEN TELÉMACO: Le gustan todas, le gustan todas, pero esa rubia... esa rubia, el texto de la comedia continuaba: le gusta más. La masa popular madrileña, predispuesta a saborear los amores regios, se aprendió el truco literario y lo usó hasta que pasó la tornaboda. También de esa obra salió suripanta, palabreja que llenó multitud de situaciones y que no es otra cosa que el monstruo, sílabas repetidas rítmicamente y sin sentido con que el compositor va acoplado la música al texto. Las coristas fueron suripantas durante más de cuarenta años. Hoy esa voz necesita de comentario cuando aparece en cualquier escrito. Idéntico olvido ha sobrevenido a golfemia, voz que todavía en uno de los últimos ensayos de Guillermo de Torre encuentro usada con toda normalidad, y que incluso logró deslizarse en un útil y copioso [180] Vocabulario de madrileñismos, el de Pastor y Molina, 1908. Golfemia era la parodia de bohemia, y nació

con la obrita de ese título, La Golfemia, parodia de La Bohème, de Puccini, escrita por Salvador María Granés y estrenada en 1900. La desaparición de la actitud literario-social que la sostenía arrebató también la palabreja.

Sería inútil recordar la inevitable, machacona presencia de La Dolores, cada vez que, por fas o por nefas, salía Calatayud en la conversación. Todavía en estos años nuestros, para aludir a cualquier galantería o rasgo de buena crianza se proclamaba: Yo soy un caballero español, texto de Luisa Fernanda, de Moreno Torroba (1932), y no era extraño que la contestación femenina fuese Y yo no soy extranjera. La actual vuelta a la zarzuela nos pondrá en evidencia el parentesco de sus cantables con muchos comodines del habla urbana. Incluso algún gobierno pudo ser conocido como La familia del tío Maroma, segundo título de De Getafe al paraíso (Barbieri, 1883). La designación salió ante la copiosa cantidad de parientes, hijos, cuñados y alnados de los ministros que figuraban en el reparto de puestos en la administración. Todavía en 1935, Jardiel Poncela utilizó textos de este tipo en Angelina, e incluso introdujo trocitos de un famoso pasodoble torero.

Los chismes se esquivaban con son pláticas de familia de las que nunca hice caso. En 1926, con la pseudo-atención a las lenguas regionales por parte del gobierno de Primo de Rivera (llegó a crear en la Academia Española unas plazas destinadas a los cultivadores [181] de esas lenguas), no era raro ver al general, vestido de Tenorio, ofreciendo en un plato una lengua de res: «Anciano, la lengua ten». Siempre que leemos los libretos del género chico o la prensa del primer tercio del siglo, hay que andar con pies de plomo. Por todas partes puede surgir la voz ajena, estrechamente enlazada con la vivencia momentánea. De esa estrecha inter-relación, salpicada de cultismos administrativos y de gitanismos, salió el habla madrileña. También hoy se pueden entrever fenómenos parecidos, confluencia de plurales caminos en los que sólo cambia el gesto del contexto cultural. [182] [183]

- XXIV -

Animales en trance de extinción

[184] [185]

Parece que los burros, los sufridos animales de carga, andan de capa caída. La mecanización del trabajo los ha ido arrinconando y la vieja estampa del aguador, del arenero, del piconero o del vendedor ambulante de frutas ha desaparecido. No digamos ya la del botijero de Tierra de Barros. De su nombre, parece que no va a quedar más que la aplicación a los humanos, como sinónimo de «terco, poco inteligente, etc.». Ya hay quien protesta y pide a las instituciones encargadas de vigilar el idioma el arreglo de esa situación léxica, y hasta se propone una distinta ortografía. Este conflicto surgirá varias veces todavía, por lo menos mientras el medio ambiente siga precipitándose hacia el deterioro escandaloso. Hace pocos años, el estudiante que no sabía gran cosa, estaba pez. Ahora está pegado, o limpio, o en blanco. Los peces van también disminuyendo. Todos los días vemos miles de ellos, muertos, flotando a la deriva en las aguas emponzoñadas, y los altos

conciliábulo internacionales tienen que preocuparse de ellos. En otras ocasiones, el olvido obedece a que, en las nuevas circunstancias, [186] el hablante no conoce la realidad evocada. Así ha perdido vigencia comparar a una persona huidiza, escurridiza, con una anguila. Creo que muy pocos hablantes de cultura urbana han visto los movimientos del animal. He alcanzado en Salamanca, en la universitaria Salamanca de los años cincuenta, en una barbería, un anuncio que ofrecía sanguijuelas en fugaz alquiler. No era raro designar con el nombre del animal a la persona que, a veces con usura, procuraba sacar el jugo al prójimo. Ya nadie entendería esa imagen. La sanguijuela se ha trocado en una enorme máquina, con miles de funcionarios y tentáculos que no chupan, sino laminan, bajo muchos nombres y diversas escalas e innumerables negociados. La libertad de relaciones amorosas, que ha conducido al ligue y a otras tantas expresiones sinónimas, ha relegado a una oscura zona de sopor el tórtolo o tortolito con que, además de evocar el arrullo del ave, se revestía de simpatía disculpadora a la pareja sorprendida en un momento de efusión. Pareja, eso sí, la de tórtolos, permitida, sacralizada por la sanción favorable de familiares y de la sociedad entera. Las últimas veces que la he oído se disfrazaba con cierto halo de blanda cursilería tierna, que ponía al cabo de la calle y de la tranquilidad a los que la empleaban. También la soltura actual hacia los tacos o a las palabras desterradas, ha reducido el uso de algunas expresiones donde el recuerdo del animal sobrenadaba: la persona cauta, que pone peguitas y dificultades con mejor o peor intención es hoy obstruccionista, reticente, contestatario; quizás, descendiendo un poco en la escala social, es un pejiquera, o, por lo general, un rollo, un coñazo. Todo eso era hasta hace poco lo que hacía un chinche, y de ahí [187] chinchorrero; chinchorrería era la razón o sinrazón que se alegaba. Chinche y su familia destilaban, con nítida claridad, matices de mala intención. Una hermosa jai actual no se sentiría muy elogiada o admirada si la llamásemos jaca o potranca. Algo tan sencillo y tradicional como salir rana alguien, por «desencantar, defraudar la confianza que se le había otorgado», empieza a ser desusado.

Es muy difícil y arriesgado dictaminar sobre la vigencia de estas comparaciones con animales, tan copiosas en la lengua general. Se han perdido o se van perdiendo, en el coloquio urbano, eterna renovación del habla, pero persisten en los medios rurales y pueden salir espontáneamente en cualquier tipo de conversación. Ser más listo que una ardilla por «obrar con rapidez y energía, cazarlas al vuelo», todo el mundo lo entiende. Aún hay ardillas en nuestros parques y hasta se ha intentado o se intenta que haya las suficientes para convertirlas en estampa cotidiana. Pero ya no ocurre lo mismo con percebe, «ignorante, tontucio», o con quisquilla, «de suma delgadez», «esmirriado». Pardillo no se utiliza entre los jóvenes, que ni siquiera le pondrán en relación con el pájaro. Ya hay muchos hablantes que no saben por qué puede ser alguien un cuco. Pollo no disfruta ya de prestigio. Divulgado en el XIX, a mediados, todavía los escritores realistas lo ponían en cursiva, con lo que le adornaban de reservas, desdén, gracia forzada, escándalo social, etc. Llamar ganso a quien se conduce con irrespetuosidad bromista, aficionado al chiste fácil, etc..., hoy sería cosa de personas de cierta edad, y estaría, como no lo estaba antes, cubierto de gravedad, [188] sentimiento de inoportunidad o de molestia. Las generaciones jóvenes disponen, para este caso, de múltiples combinaciones de gilí y de copiosas expresiones de trasfondo sexual. Perro, que tuvo varios valores, ha descendido de uso. Desde luego, nadie conoce su contenido religioso. En cambio, cardo figura en la primera línea del léxico peyorativo y es universalmente empleada.

Ante la invasión de una lengua tecnificada, estas comparaciones tradicionales se van apagando. Pronto no habrá ratas o ratones de biblioteca: las pantallas eliminan las horas de polvo y ansiedad entre legajos. Los camaleones han perdido atractivo. Los vemos sin escándalo alguno y, en ocasiones, hasta con cierta envidiosa admiración por su capacidad de acomodo. Cuentan, en cambio, que Amadeo de Saboya, al llegar a Lisboa tras renunciar a la corona de España, no salía de su asombro (le duró varios meses) al ver que varios de sus «incondicionales» Ministros lo eran también en el gobierno provisional republicano que se constituyó a su marcha. ¿Eran unos águilas o simplemente unos zánganos? Simplemente astutos, espabiladillos ellos, es decir, unos zorros.

Sí, el léxico animal aplicado al hombre se va reduciendo. Cada vez se oye menos ser una víbora, salir como un león, ser un cordero (más se dice un borrego), comportarse como una hiena, tener miradas, gestos o bigotes de gato (o felinos), ser un topo... Sardina, jirafa, torete (¡tan cariñoso aplicado a niños de corta edad!), pescadilla, lombriz, mosquito (persona de poco caletre) mula, besugo, verraco... La vieja lista se acorta [189] y se va sustituyendo por expresiones que responden al paisaje vivo: cargar las pilas, cruzarse los cables, estar bajo de forma, darse un voltio, calentar motores, dar una patada en el culombio, etc. etc. Lo que no impide que algún término viejo se cargue de nuevo sentido: es el caso de camello. Apasionante vaivén, este del léxico animal, que nos va dejando huella de su vitalidad a la vez que de su decadencia. Tan intenso es su entramado que por mucho tiempo la chica que cuida los ordenadores seguirá estando muy mona, aunque de vez en cuando se ponga hecha una fiera o el corazón le suene como una moto... [190] [191]

- XXV -

Decretos, decretos

[192] [193]

Llevamos una temporada, quizá años, leyendo un día sí y otro también, artículos preñados de lamentos a costa del lenguaje. La vocación pedagógica estalla en los periódicos, en las revistas, en las conversaciones, derrama su pulcro saber en inapelables sentencias. El no especialista clama contra la Academia, que no dispone de misiles contra los prevaricadores, maldice las estructuras universitarias, que, despectivas, se quedan al margen, y lleva a la picota a los dirigentes que no saben ordenar una política lingüística. Que estamos buenos, vaya. Durante unos días, las tertulias de café y las sobremesas familiares o de trabajo (éstas últimas desembocan en la institución reglamentada de la pedantería, sobre todo si tienen en sus filas un político barnizado de sapiencias), hablan y hablan de los artículos de perengano, se discuten sus machacones consejos sobre la concordancia, los verbos rebeldes y los pronombres átonos a la madrileña. Confío en que, andando el tiempo, cuando el barullo actual haya sido superado, una mano abnegada recoja estos escritos y, sesudamente comentados, los reúna en un [194] volumen baratito, para uso de escolares dormilones y de profesores vacilantes.



Entre los muchos remedios propuestos, se ha gritado a favor de uno implantado por nuestros vecinos ultrapirenaicos: una legislación rigurosa, conminatoria, que obliga a cuidar el idioma y a usarlo de cierta manera. Tengo una vecina, antigua funcionaria del Servicio Nacional de Protección a los Hablantes Desvalidos (Sección comarcal, grupo a: tarados por televisionitis), que vino a verme, supitaña, con una copia de los papelines oficiales franceses. Su rostro irradiaba venturas. Soñaba con aseaditas colonias penitenciarias para los conjurados contra la Gramática académica. Años de cárcel, destierros, trabajos forzados (¡miles de copias diarias, manuscritas, del precepto quebrantado, agravadas las penas por el incumplimiento en el plazo concedido, etc.: una torrencial dicha!), y, por fin, el fuego eterno, en la plaza del lugar de residencia (gentes no sindicadas, soldados sin graduación y niños chicos a mitad de precio), para los obstinados en seguir diciendo contradizcan, hubieron toros, siéntensen, la dio una torta a la mujer y demás errores u horrores. Es decir, todo lo que será censurado en el próximo Appendix Probi, tercas meteduras de pata de las que saldrá el español de nuestros nietos.

No, nada de eso. La lengua no admite decretos, normas impuestas desde la semi-ignorancia de las esferas gubernamentales. Si vemos lo que sacan en materia económica, comercial, agrícola y piscícola, etc., y hay que conceder que emplean para esos menesteres a sus mañosicas lumbreras, ¡Dios mío, la que armarían [195] metidos a nebrijillas o quisicosas así...! Cualquiera les va con variantes dialectales, con el derecho, tan digno como el nuestro, de los americanos a intervenir en el enredo. Mucho menos podremos aludirles a los matices sociales del uso, garambaina ausente, por lo general, de los profusos artículos deslumbradores. De pensar en el fruto de estas vigilancias siento que me brota carne de gallina, tan acreditada ella, vaya que sí. Los mismos franceses, tan reglamentistas, ya hace unos treinta años que dieron las primeras normas, y parece que no ha habido mucho éxito (en un país donde la gente quiere y respeta su lengua). Que no hubo fortuna lo revela la nueva ordenación, esa que mi vecina ex-funcionaria, blandía, entusiasta, dispuesta a copiar, una vez más, la ortodoxia extranjera. ¿Qué pasaría aquí, con nuestro eterno burladero de la ley, la sacratísima real gana propia? ¡Vamos, hombre, venirnos con decretitos...! Todos recordamos todavía el pitorreo universal con que la gente recibió uno de los primeros mandatos de los gobiernos franquistas: suprimir letreros, anuncios, etc. que estuviesen escritos en lengua extranjera. El Lyon, el café tan añorado por sus tertulias y sus ratos de engañifa organizada contra el pésimo café y el peor humor colectivo, puso un cartelito: El león de oro. No se lo oí decir a nadie, como no fuera para burlarse. En el ferrocarril, en los telones de cines y teatros, etc... se ejercía una censura tan necia como la que otorgaba las longitudes a las faldas de las coristas. ¿Es que no se recuerdan las burlas de Quevedo contra los malos hablantes, etc.? En el siglo XVIII abundaron las sátiras contra los vicios introducidos en la lengua, y los consejos a propósito, pero también destacaron las burlas [196] mordaces. Hoy recordamos la guasa viva y no nos preocupamos de los vicios. La mayor parte de lo censurado corre por el caudal general de la lengua y a nadie se le ocurriría hablar de vicios, palabra orillada de alarmas. A mediados del XIX, los hombres de ciencia aún eran buenos latinistas y preconizaban la apoyatura en las lenguas clásicas para crear los nuevos nombres, lo que, en el fondo, era prueba de talento y clara visión de futuro: recibido así lo nuevo, todos los científicos del mundo habrían llamado igual a los prodigios que iban surgiendo. Pero también a lo largo de ese siglo se fue perdiendo la tradición humanística y ahí surgió la escisión, la bandería. Y hoy... Poca gente sabe hoy, cuando estamos saturados de dinosaurios, que, a mediados del siglo XIX, la voz francesa sauriens,

basada en el viejo latín, fue acomodada al español, por los modestos profesores que escribieron las primeras historias naturales para chavalillos, como sorianos. Eran gentes que no tenían más cultura sobre Francia que el espejismo del libertinaje parisino, Los tres mosqueteros y, algunos, pocos, conocerían a Robespierre -por cierto, nombre frecuente de perros caseros-. Figurémonos la inundación de artículos que se han perdido nuestros cotidianos guías de hoy, a base de los pobres sorianos. Ese buen hombre que hace unas semanas ha matado un lagarto diplomado en ecología, ha sido multado con frenesí: menos mal que no se ha hablado de sorianos, que si no... Habría salido en los periódicos ilustrados como el exterminador de Soria, arrojado en nocturnidad, premeditación, alevosía... Ya habría una protesta nacional con interpelaciones en las Cámaras, estaría comercializado un video con la masacre (¡Dios, qué palabrón...!) y [197] un erudito local habría descubierto, leído, comentado y editado en varios tipos de impresión, un desconocido poema de Antonio Machado, elegía a los sorianos en trance de extinción, allá, por donde traza el Duero etc. etc... El Ministerio de Asuntos Sociales habría montado un Campo de Refugiados para encerrar, hipócritamente, a los naturalistas asesinos... Y todo, ya ve, por no saber que sauriens no es lo mismo que sorianos. También es ocurrencia, hombre. Es imperdonable que no haya proseguido tan edificante sinonimia, con lo necesitadas que andan las arcas del Tesoro de monises contantes y sonantes. ¡La de multazos que se han escabullido...! Incluso se podría sancionar, Papel del Estado al canto, a los lagartos que se atrevan a tomar el sol al borde de los caminos, especialmente si han salido de su gura sin el NIF. Hay que decirle a mi vecina: de decretos, ¡nada!: Estudio, lectura de los buenos escritores, amor por sus palabras... Bueno, para no ser tan díscolo, pidamos un decretito que exija a los locutores de televisión, presentadores, etc. unas condiciones, como se exigen a quien quiere desempeñar una profesión cualquiera... [198] [199]

- XXVI -

Cáscara, mucha cáscara

[200] [201]

Nuestra vida no es, en estos momentos, muy reconfortante. Somos esclavos de una retórica (en el peor de los sentidos de la palabreja). Más que un sistema ortopédico de normas es la caricatura de esos preceptos lo que hoy impera. Todo, en nuestro habitual paisaje, ha dado un giro acusado. La vieja gravedad en el ademán, en el vestir, que tanto envidiaban más allá de los Pirineos, se ha trocado en engolamiento pedantón, horterismo frenético. La voz aclaratoria, lenta y próxima, se ha hecho soberbiosa pedagogía. La sonrisa descuidada y compañera, sembradora de confianza, es hoy una mueca sin otro fin que fingir simpatía y demostrar dentadura. Hay señoritas en la tele que más parecen anuncio de dentífricos que voluntades persiguiendo adiestrarnos en algo por lo que ellas cobran -quizá desmesuradamente-. Todo en nuestra vida actual es así, por derroteros análogos. Tenemos un tren despampanante, no se le ve cuando pasa, de tan rápido, con lo que el gozo del paisaje reconocible se ha trabucado y permite las exégesis más pintorescas. El papi viajero se empeña en adoctrinar a su niñato, [202] enseñándole el Monasterio del Escorial (la erudición pro patria no da para mucho más), y, fíjate, ahí palmó aquel señor de tan mala

uva que se llamó Felipe no sé cuántos... Sí, sí, el Escorial... Lo que, en ese instante, se admira por la ventanilla son las onduladas tierras del valle de Alcudia, es decir, nada para papi, que enmudece ante «la triste y espaciosa España». Pero don papi sigue, tozudo, convencido de que todos los viajeros están pendientes de su sapiencia. Y mientras repasa en su memoria qué podrá decir en cuanto el tren deje ver algo, seguramente la catedral de Santiago de Compostela, insiste, algo más ceñido a su enciclopédico saber: «Mira, ¿ves esa casita que sale allí, detrás de aquellos árboles...? Es la mezquita de Córdoba, que la han traído aquí para que tú la veas bien, darling, ya sabes, mi cielo, el turismo, los servicios, la infraestructura... y antes de que el gobierno decida arrancarla de cuajo y regalársela a Dios sepa quién... ¡Dios mío, no permitas que este cacharro se eche a andar por los sembrados, faena sería...!».

Así nos va en todas las manifestaciones de la vida, sumergidos en la hipérbole hueca y retumbante. La granizada de premios literarios nos autoriza a pensar que somos la primera potencia mundial en materia literaria, lo que, en fin de cuentas, no quedaría mal. Durante siglos, la única mercancía exportable que hemos tenido los españoles ha sido la literatura. A ver si, ahora, a fuerza de pregonar venturas forradas de monises suculentos, se enteran de una vez por esos mundos, y los grandes de la Comunidad Europea nos liberan también de los literatos (como de los caladeros, las vides, los olivos, y no sé si de los barquilleros al clavo). Hace unos días he visto, en un atasco de currículos [203] egregios, que fulano y zutano y el de más allá han dirigido centenares de tesis doctorales cada uno. Me he puesto a soñar un poquillo, debajo de mis pinos, sosegadamente. De ser verdad tan torrencial laboreo, disfrutaríamos de un nivel científico-técnico verdaderamente asombroso. Nuestras patentes, nuestras vacunas (no la medicina ya preparada, no, sino la nueva invención o la vieja reformada y perfeccionada), llevarían un nombre en español mesetario: Píldoras Angustias para el estreñimiento; antibióticos superferolíticos Amantes de Teruel contra las conmociones sentimentales (de Teruel o de donde fuere el tenaz y arriesgado investigador), Gotas Santaluci, contra las alteraciones de la visión, y depurativos (con el nombre y los apellidos, según las dosis) del político de turno, a fin de soportar, sin mayores riesgos, los discursos, que, a cada vuelta de la esquina, inundan el territorio nacional de prodigios sin cuento. Y, por ahí adelante, incluso tendríamos algún preparado, de nombre que insinuase su misión, para esquivar los achuchones de Hacienda, tan efusivos ellos, y nos hiciera, de paso, aptos para entender recibos, declaraciones, impuestos de iva y vuelta y demás dulzuras de nuestra azacaneada coyuntura.

Sí, vivimos en una agobiante falsificación. Todo es cáscara, engaño a los ojos y al corazón. Mucho me temo que una mañana cualquiera reviente tan fermosa cobertura y nos despertemos dentro de la desnuda realidad, y no podamos volver a cerrar los ojos ni la boca, ya nunca. Recurriremos a tanta y tanta maravilla como hemos visto a nuestro lado, pero no saldremos del hoyo, porque todo habrá dejado de ser la ficción que aparentaba. [204] Ni siquiera se conservarán los papelitos de la propaganda, la nomenclatura de los sobres del azúcar o el regusto numérico de las cureñas de los cañones. Verdes las han segado. Todo polvo, ceniza, nada. Y nos volverá a sitiar la amargura del fracaso, y no lo podremos tomar a risa, como algún parlamento ha hecho, en vez de atender a la más divertida misión de aprobar los presupuestos. Pero, en fin, ¡es tan bueno soñar...! Soñemos: estoy seguro de que, por muchos lugares de esta tierra nuestra, quedan escondidillos y un tanto apabullados por el ambiente gritón, las proclamas televisivas, los discursos mártires, la enorme invasión de extranjería hasta en las tapas de los colmados del barrio..., habrá, digo, unos cuantos jóvenes que sigan, sordos a tan turbio clamor, soñando con un nuevo

resurgir. Conozco algunos. Ya va para el siglo largo, cuando don Francisco Giner, entre los peñascos del Guadarrama, soñaba también con un renacimiento. Lo hubo, claro, y, lo que son las cosas, no se parecía en nada a lo que se encontró al ir respirando, poquito a poco... [205]

- XXVII -  
Entrevista modelo

[206] [207]

Un timbrazo, vacaciones, a media mañana, súbita alarma. No se espera a nadie, se está, cosa tan rara, tranquilito en casa, una música dilecta al fondo. Conversaciones repentinamente cercenadas. El telefonillo, graciosa voz femenina, solicita la apertura: viene de un periódico en el que tengo amigos, alguna vez colaboro. Las suposiciones se multiplican: traerá algo, un encargo, unas pruebas, alguna consulta... Nada. Aparece un terremoto de sonrisas y papeles, grabadora al flanco, bolsón enorme con Dios sepa qué tesoros dentro, grititos ridículos por la angustia pasada por si acaso había perro. «Los perros, no sabe usted bien los sustos que atizan los perros, chuchos de... No te puedes fiar un pelín, que, a veces, están calladitos detrás de una mata y, cuando pasas, ¡zas!, se te tiran al cuello. ¡Vamos, el infarto, no le digo más...! Bueno: me siento. Usted, ¿no se irá a quedar ahí de pie, parece que le ha dado un aire...? ¡Espere, espere! Una foto así, ya tengo pensado el pie: «Don Fulano pensativo ante las noticias de la crisis que hoy publicamos...». ¿Le parece bonito? ¿A que sí? Creo que tiene mucha [208] garra. Bueno, bueno, basta de preámbulos. ¿O prefiere usted prolegómenos...? Las dos palabras venden. A ver: así, sentadito. Verá qué cacho entrevista le hago. Lo que se dice un primor... A ver: usted nació en Madrid, ¿verdad? Es cosa que se echa de ver enseguidita. No lleva usted puesta ninguna prenda que delate origen regional. Entonces, ¿enemigo del bilingüismo...? ¿No? Pues sí que es usted raro. Es el primer tipo que me sale con esas. Aquí, todo quisque anda con el hacha vengativa detrás del vecino. ¿Que no tiene usted hacha? ¿No pretenderá usted quedarse conmigo...? ¡No se las dé de guaperas...! Eso del hacha es una forma de hablar, que le dicen, o sea, vamos, una metáfora. ¡Hay metáforas por exageración, o sea, parabólicas...! ¡Ah, lleva usted más razón que un santo: hiperbólicas! ¿Sabe que me está dando en la oreja que usted no es un pardillo cualquiera? Ah, estudió en Madrid, en la Universitaria... ¿Antes de la guerra? Pues, oiga, para ser tan viejito se conserva usted bastante bien. Luego le haré algunas preguntas sobre su vida erótica, que, a su edad, ¿eh...? Si molesta la presencia de esta señora que, por la pintología, es su mujer, podemos mandarla de compras, le gustará, o a otra habitación. ¿Cuántas habitaciones tiene esta casa? ¿Hace usted las camas, barre, cocina...? Oiga, entonces, ¿qué repelánganos hace usted? Vamos, machista. ¡Anda, para que veas, con esa carita de niño bueno, que no ha roto un plato en su vida! ¿Que tampoco tiene servicio? ¿De qué le ha valido a usted estudiar en la Universitaria? Será que no tiene usted el hechizo suficiente para conquistar tatas. Yo, ya ve, tengo dos: el pito-blanca. ¡Vaya cara que me pone! ¿Usted no juega al dominó? Pues el uno-blanca, o as-blanca, como [209] guste. Clarísimo, menos para torpes de profesión. Quiero decir que tengo una chacha blanca, como está mandado, y otra negra, como también está mandado. Las dos ilegales,

naturaca. Yo no discrimino, hasta ahí podíamos llegar. Pero, deje tanta conversación y a lo que estamos, tuerta. Conteste pronto, que tengo que hacer varias entrevistas esta mañana: mire qué lista. El Director General del Correo expedido, cobrado y extraviado. ¡Majísimo chaval! ¿Sabe? Sale mucho en la tele, pega de buten. En las tertulias, claro. Por la noche; también me toca hoy toda su familia. Son muchos, pero está chupado. Malo será que no aparezca por allí una hermana del tal Director General, que se pirra por verse citada. Y, retratada, eso ya... ¡El despiorren! Es monja: Sor Ana Patricia Remigia de las Angustias. Es natural de la Huerta de Murcia, y tiene los ojos azules, y un genio más arisco... También cojea y habla mucho de guisotes. Me he traído, en prevención, un formulario, para que lo rellene, ya lo aviaré yo una miaja, después. ¿No tiene usted una hermana monja? Yo tampoco. Por favor, en dos palabras, dígame su impresión sobre el AVE. ¡Oiga, déjese de bromas! ¡Cómo no va a haber usted ido nunca en el AVE! Aquí tengo su vida y milagros en lo que va de año. Agosto pasado, usted estuvo en Sevilla. Dio usted cuatro conferencias a los extranjeros, lo cual fue un exitazo, porque una fue sobre el toro enmaromado, rito totalmente desconocido por los enemigos de la patria. Todos los alumnos decidieron practicar, en lo sucesivo, ese deporte. ¡Así se elabora por la solidaridad, y lo demás son camelos! Del Banco de Datos tengo sus pasos en Sevilla ce por be. Bueno, no se paseó demasiado: usted tuvo que ir a Sevilla en el [210] AVE. Pondré que llegó usted fascinado. Los postres de la manducancia ferroviaria, ¿eran caseros? ¿Hechos sobre la marcha...? ¡Jobar, eso sí que no se me había ocurrido...! Me parece que con tanto como usted me está confesando, será mejor que le deje la grabadora y un par de cintas y conteste al cuestionario que le brindo. No quiero atosigarle, volveré esta tarde a recogerlo todo, y Dios dirá y ya veremos. Me voy a hacerle una entrevista al Consejero Mayor Transitorio del Cambio de Nombres en las Nuevas Urbanizaciones, apartado Grupos Florales versus Conquistadores de América. ¡Ay, me parece que con tantas carreras he alterado el orden de los papeles...! Veamos, usted es usted es... ¿No es usted el alcalde electo de Sobrevalle de... de...? ¿No...? ¿Y tampoco es usted el obispo de...? Oiga, entonces, ¿cómo se ha atrevido usted a contestarme si no es usted ni siquiera conserje de un ministerio...? ¿Que usted es...? ¿Tan mayorcito y aún andamos en esas...? Nada, nada, no se preocupe: yo arreglaré los nombres en los lugares donde haga falta. Yo sé dónde ha estado usted en agosto, y en septiembre, ya verá, ya, qué entrevista le saco. ¡Bordada...! Y, desde luego, a las islas, le llevo yo en el AVE, ¡por estas! ¡Chaucito, darling! ¡Hasta otra! ¿No habrá perro a la salida? Con esa cara que pone, ha sido usted capaz de comprar una fiera en el ratito que he estado aquí, escuchándole, ganándome la vida... ¡Ay, Señor, qué cruz...! ¡Y que no charla usted nada que digamos...! [211]

- XXVIII -

A vueltas con la memoria

[212] [213]

Me piden hoy unas líneas que se relacionen de alguna manera con los años escolares, con los viejos y primeros profesores que con mayor o menor heroísmo contribuían a ponernos en pie sobre esta tierra de nuestros pecados. No es tan fácil arrancar a la memoria

algo representativo. Es un salto al pasado demasiado concreto, y no suele ser ese el rasgo fundamental de todo lo que, poetizado por la nostalgia o la ausencia, acude a nuestra convocatoria. Tantos atardeceres contradictorios a la espalda van desdibujando imágenes, liman perfiles. En más de una ocasión he recordado quisicosas de ese tiempo, cuando estrenábamos -sin darnos cuenta clara de hasta qué punto nos hundíamos en la costumbre- el hábito de llevar un libro bajo el brazo. Lo hice en Primeras hojas y reincidí en Examen de ingreso. En Primeras hojas conté el día inaugural, botas retumbonas recién estrenadas («¡Tienen que durarte todo el curso, adán! ¡No pierdas los lapiceros! ¡A ver si vuelves convertido en hombre de provecho...!»), y aún me acosa el recuerdo de las mañanas de fría niebla, las torres de la Catedral [214] escondidas en la bruma, siempre parándonos en la esquinita donde tostaban café o molían especias en un mortero descomunal... Ya para siempre esa esquina huele a café y a humo de leña, resucita en gritos de arrieros, de paveros, del afilador, del tranvía renqueante... Inevitablemente, hoy habría que decir proustiana devolución de la vivencia. Y en Examen de ingreso he vuelto a vivir, sonrisa emocionada, transparente, cómo el maestro se desazonaba con la visita de la Reina Madre al Colegio. Qué trajín de ropas de estrena, de revisión de orejas, narices, uñas, y de darle vueltas al poema que había de recitarse y al ramo de flores que, merecido premio, alguien le ofrecería. Todos ayudábamos ese día a quitar de la pared el mapa de Europa, la Europa nacida en Versalles, y sustituirlo por el anterior, la gran mancha rosa del Imperio Austro-Húngaro en medio. Y los mismos chicos, ya adiestrados, volvíamos los mapas a su sitio, terminada la visita. El antiguo, arrollado, dormiría detrás de un armario, hasta que llegase otra ocasión.

El Director se llamaba Don Manuel. A veces, recordaba a antiguos alumnos, nos les ponía como ejemplo. Escuchábamos pasmados, una sombra de babas en la solapa, boquiabiertos al mirar la foto del grupo veterano. «Este es ingeniero, trabaja en los Caminos de Hierro del Norte de España. Este, que era un latoso de siete suelas, es médico, ha aprendido a hacer operaciones en un hospital de sangre en Francia, y las hace como quien lava. Y este es profesor de Universidad, escribe versos, dicen que muy buenos, se llama Pedro Salinas». A don Manuel seguía gustándole Campoamor, algo [215] menos Rubén. Hasta que un día se filtró, quién sabe por dónde, el vientecillo de la Institución y don Manuel se declaró juanramoniano, y pasamos de leer Corazón, de Amicis, a Platero y yo. Y las largas filas de dos en dos, camino de recorrer las estaciones en Jueves Santo o de la Comunión Pascual, se ensancharon con las visitas a los museos o las excursiones a los Sitios Reales, para entender la Historia, o a la sierra. Aunque no fuera más que la cortísima de un día al Pardo, a diferenciar el romero de la encina, el roble de la mejorana. ¡Con qué asombro, con qué pasmo gozoso aprendíamos los nombres de las hojas según la forma, contábamos las patitas de los insectos, reconocíamos los pájaros en silbos y colores! Rebuscábamos minerales: cualquier pedrusco era en nuestras manos prodigioso metal o rica piedra. Ya en el bachiller encontré quien me quitó el fervor naturalista, y encontré quien me lanzó por otros derroteros.

No, apenas puedo recordar acaeceres de esos tiempos. Se amontonan unos con otros en indisoluble vaivén tumultuoso. Quizá entreveo al profe que me obligó a hacer mapas. Era algo de correos y creía de capital importancia que me supiera todas las conducciones postales. Las tardes de los sábados, dos provincias enteritas. Aprendí así quién y por qué hizo las provincias, que antes no eran así, sino de otra forma, y me empapé de todas las

reparticiones administrativas del territorio (militar, naval, eclesiástica, universitaria, judicial). La manía de los mapas me ha durado ya siempre. Vaya con las conducciones postales. Son innumerables los mapas que he pintarrajeado. En nuestra guerra, [216] nadie a mi alrededor iba sin mapa, mapa dibujado por mí, a veces en la altura de la imaginaria nocturna. Muchas noches aún me sorprende leyendo, mirando mapas: son los días en que el cansancio o el desencanto abruman. Y así me reencuentro con el tono normal, repito un camino, veo el paisaje que nos ofrece la bajada de ese puerto, revivo la fugitiva intranquilidad de una curva muy cerrada que nos para el respiro y no nos deja ver una cinta lejana de mar... Y me río de los nombres cambiados por razones absolutamente imbéciles (Esa Numancia de no sé qué, que antes era Azaña, o ese Arroyo del Puerco que ya no tiene puerco...). Y desde que me he venido a vivir al campo, no doy mi dirección a los amigos: les dibujo un mapa donde señalo hasta las necesarias señales de tráfico, olvidadas por lo general...

Todo eso nació en el Colegio. No sería yo justo si no recordase que allí aprendí muchas canciones, viejas canciones tradicionales, populares unas -Tiene la molinera medias de estambre- eruditas otras -No la debemos dormir, no, la Noche Santa-; no sé cómo se llevará todo esto ahora, con una enseñanza tan científica y ministerialmente dirigida, pero sí sé la pena profunda que sentí cuando he visto un Cancionero escolar, con esas cancioncillas, pero con título, notas y aclaraciones en inglés... Vaya por Dios, hombre. Todo sirve, es verdad, pero...

Ahora se habla, con desesperante frecuencia, de rentabilidad. Rentabilidad a corto plazo, a medio plazo, a largo plazo... Venga zarandajas: me gustaría tener autoridad [217] para decirles a los profesores anónimos, escondidos en el brumoso olvido de esta sociedad tan bullanguera, que su rentabilidad a muy largo plazo es la de mayor valor, la única que puede enderezar este país maltrecho que nos gastamos. Pasados muchos años, en ese momento inesquivable de la soledad con uno mismo, el hombre hará su balance y recordará, ungido de respeto y de severo cariño, la voz de quien le dijo, por vez primera, los nombres de las hojas, le enseñó a contar las patitas de los arácnidos, le paseó por Aranjuez o le llevó a ver el lujo del otoño en La Granja, le acompañó a verse retratado en Las Meninas. Y ese hombre, cerrando el álbum de la memoria, cantará, entre satisfecho y orgulloso, Tres morillas en Jaén. [218] [219]

- XXIX -

Los jóvenes aprietan

[220] [221]

Cada vez que, en el cambalacheo de la Historia, una generación pierde protagonismo, es muy notoria la gritería de la que, a empujones, viene a sustituirla. Raras veces se produce una nueva generación complaciente con lo establecido, sumando voluntario a un estado vigente de ideas y de apetencias. Y aún así, habría que perfilarlo mucho más despacio: una incorporación total, ciega, no existe. Lo general es un clima de protesta, de gesticulación,

de estéril agresividad. El vaivén del paisaje humano es muy visible. Lo de menos es el repertorio de gustos, estimaciones, barullo de nombres famosos y de mitos sin redondear que marcan la aurora de nuevos climas culturales. Se nota mucho más en los adminículos externos de la generación nueva: el joven decide exhibir, provocativamente, vestidos de marcas sugerentes, peinados alarmantes, innumerable quincalla en dedos, garganta, orejas... Estrena nuevos nombres de bailes y bebecuas y pone en circulación designaciones de los mayores y de los amiguetes de estudios. Sí, cada época se trae su afán. Las damas elegantes que, en el XVII, bajaban [222] al prado a lucir sus brocados, a presumir de fortunas indianas y de sangre de los godos, llevaban permanentemente en la boca trocitos de barro cocido. Cántaro roto, cachiza a la boca. Se pensaba, con toda seriedad, que aquello opilaba los conductos por donde circulaban los humores: tal atasquillo se acusaba en una palidez marfileña que subyugaba a los hidalgos en soltería prometedora. Supongo que existiría un ritual acatado sobre el tamaño y forma de los trocitos, y, melancolía suspirante, sobre el ademán para introducirlos en la boca, agarraditos con dos dedos melindrosos, el meñique levantado en rictus henchido de intenciones. Y no digamos la acordada música del traqueteo búcaro-mandibular. Seguramente una caída de ojos cómplice armonizaba con los chupetones y conducía ante el cura, que, velaciones abiertas o cerradas, procedía, sacramentalmente, a la prolongación del Imperio y al prestigio de los cascuelos. Los mayorcitos se escondían, a rumiar el asombro...

Ahora, los signos son muy diferentes. La palidez no se cotiza. Mercancía perecedera, debe de andar escondida por ahí, mundo adelante, por los frigoríficos portuarios o en las domésticas neveras. Se lleva el bronceado, otro tipo de palidez al fin y al cabo. Y se cura solito. Quizá haya tenido sus orillas de espanto, de peligrosidad social, digo yo. Por eso el empeño, desmesuradamente heroico, de épica antigua, con que los gobiernos ponen a la sombra a los viejos amigos. Se ve que los prefieren pálidos. Quizá, me huelo, alguna de nuestras autoridades se haya tropezado con la opilación en alguna comedia clásica, ahora que, de tarde en tarde, [223] se vuelven a representar. Y naturaca: «A ese me lo opilo yo, como me llamo...». Las diferencias, para eso estamos más desarrollados y sabemos muchísimo más de todo que aquellos grullos del XVII, están en el acaloro con que se cumple el sombreado. Hace unos días, el invento ese que, tozudo, proclama por todos los balcones de Madrid sus refinadas simplezas, nos mostró cómo se aplican los mejunjes en la suavísima piel de una mujer empeñada en conservar su bronceado-dorado frente a una sociedad obstinada, a su vez, en evitar el cáncer de piel que estos repajoleros veranitos prodigan. ¡Qué frenesí, qué entusiasta gentío boquiabierto ante el prodigio...! Nadie quiso quedarse a hacer compañía a la mujer: todos los beneficios, para ella, tan socarradica. Allá se quedó, largo rato al sol, soledad y silencio, mientras cambia de postura a ratitos, para cocinarse por igual... Lee, entusiasta, la propaganda de sus productos auxiliares y se aprende los innumerables vocablos recién nacidos, preñados de milagros, cosméticos, cremas, desodorantes, tinturas para esto y lo otro y lo de más allá, hidratantes, desarrugantes, depilantes, almohadas únicas contra la tortícolis y que, además de asegurar el descanso, garantizan la fidelidad matrimonial, y la oración del Justo Juez para sacarle al marido o al noviete lo que se quiera sin que la súbita cólera descargue en tormenta, y el recetario para memorizar el millón más uno de pretextos para cuando se llegue tarde al trabajo, si es que trabaja...



Otro signo actual es la terca afición a la repostería explosiva, bien embadurnada de ingredientes gelatinocremoso-chocolatáceos, ornados de nata y limoncillos [224] del Caribe. Cuando mi generación (grupo? pandilla? promoción?) puso los pies en el mundo, aún se enviaban unas florecillas en ciertas circunstancias, y, para los cumpleaños (eso es ahora más largo de bolsillo y más corto de voz: se dice cumple sin más), se disponía de tarjetas postales, muy emotivas (¡venga ya!, hombre, venga, qué ocurrencia, decir que eran cursis, qué chorrada... ¡Cursi lo será tu...!, ¡bueno, eso!). Tarjetas con brillo, coloreadas, una pareja sorbiéndose los ojos (eso sí, amplio hiato entre los dos, ¡tengamos la fiesta en paz...!) y unos delicados versos en la esquina noroeste: «Del cumpleaños que ves, / no te duelas tú, mi niña. / Reviejo estoy, morenica, / llevo el alma del revés». Tan sentimentales, brotaban las lágrimas al leerlos, eran muy caras las postales. Valían un real, dos por cuatro gordas. ¡Ah, se podían cantar, los versos, con música del Himno de Riego...!

Hoy no se encuentran ya estas tarjetitas, a ver, cómo se van a encontrar, si, aparte de haberse enranciado, no queda bípedo que sepa por dónde cae el noroeste, ni se topa a nadie que sepa, ni para un remedio, escribir cuatro versos apasionados: tan secos y chuchurríos andan los corazones. Hoy, en lugar de arrumacos, se estampa en la coronilla de la persona felicitada una tarta dulceque dulce, asistida de todos los requilorios (los jóvenes dicen parafernalia, anda, para que veas) de fotógrafos, autoridades, restorán elegante, vestidos de diseñísimo y demás macaneos. Casi nada. Me sería muy fácil ir poniendo al ladito de lo viejo los nuevos rasgos. Pero enseguida saldrían con que si coñazo va, rollazo viene. Se me ha acabado el espacio. Un último consejo: [225] rompan, rompan cántaros y vayan chupando sus escombros: no hacen daño a nadie, resucitan las viejas artesanías, se crean puestos de trabajo. Y en cuanto a las tartas... Mejor, comérselas, despacito, junto a los chavalinos, tarde del domingo arriba, acogedora, encendida... Por la tele del vecino, estentórea, seguiremos el partido, o los toros, o los discursos huecos de los políticos... [226] [227]

- XXX -

La crisis llegó a la lengua

[228] [229]

Llevamos a la espalda una larga temporada hablando de la crisis. Se nos ha hecho costumbre: existen estadísticas que recogen el número de hablantes que, al saludarse, la recuerdan: «¡Hombre, tú por aquí, tanto tiempo sin verte...! ¿Cómo te va, qué es de tu gente...? Oye, ¿tu crisis...? ¿Marcha, tu crisis?». La dichosa crisis ha invadido todo y, cómo no, ha llegado a la lengua. Un día sí y otro también leemos doctas censuras contra la lengua mediocre de la prensa, la penosa exhibición de faltas de ortografía, la irrupción en el habla cotidiana de voces extranjeras, la pésima entonación del español hablado en la tele... En fin, cuando apagamos el chisme parlante, nos decimos resignados: «Bien vengas, mal, si vienes solo». Que, seguro, la próxima vez el disparate que nos ha sacudido volverá escoltado de otro nuevo, o disfrazado bajo una capa de alicorta cursilería...

Se ha hablado hasta de decretos para detener esta invasión soterránea o manifiesta. El hombre ingenuo y el articulista laborioso, antes de tomarse el café madrugador, [230] deberán sumergirse en el Boletín Oficial del Estado, apartado «Pedagogía de urgencia», donde encontrarán las palabras execradas oficialmente y, a la vez, las sustituidoras. Y se echarán al bolsillo una separata de los mandamientos para consultarlos a lo largo del día. «No digas así, sino así...». Un nuevo Appendix Probi, donde se recogieron muchos errores que crearon las lenguas románicas. El apartado de hoy es un buen título para un serial. Al poquito, todos diremos lo mismo: Considerando que... Habida cuenta de... La ley número... título número... apartado número... subapartado número... Tan cariñosa ortopedia nos hará pronunciar los tacos en su tono adecuado y con la máxima oportunidad, cosas que el frecuente uso actual desconoce, ya que se emplean a barullo, lo mismo escritos que hablados. Mira por dónde el BOE nos regalará algo impagable: la frontera entre el uso total de la lengua y la zafiedad ambiental, tan crecedera ella. Algo es algo y menos da una piedra.

Ocurre, y no hay decreto que lo evite ni emplasto que lo cicatrice, que vivimos, o sobrevivimos, dentro de una total falsificación. Se disfraza y embadurna todo desde las esferas rectoras, y los menesterosos dirigidos, es de cajón, lo imitan. La purpurina, el oropel del dinero fácil, la pedantería gris de los cargos porque sí... -¿Estará ya cociéndose el organigrama de una Dirección General que suministre las palabras enmascaradoras de la jerga informática, de la astronáutica, de la genética, o simplemente para la interpretación de ciertos recibos...?- Todo desata un cruel espejismo del que no se sale con medidas coercitivas. Solamente hay un [231] posible remedio: trabajar con afán, con enamoramiento. La enseñanza de la lengua se ha convertido en una tortura. Llenan las cabezas de una caricatura de ciencia lingüística, pero no se adiestra en el hablar, en escribir con rectitud y soltura. Menos aún se inculca un ideal de lengua al que agarrarse. No conoce la gente las variedades idiomáticas próximas como no sea para burlarse un tantico de ellas. La ortografía ataca no qué libertades. Los clásicos son un petardo, un rollo, un coñazo, jobar qué plastas, los clásicos. Urge enseñarle al españolito de a pie a trabajar humildemente en la tarea que le haya tocado. Así podremos devolverle a la lengua lo que necesita para crear, para salir de su marasmo actual: sosiego interior y curiosidad en carne viva por el mundo exterior. Mientras las nuevas técnicas se sigan inventando y desarrollando en territorios de otras lenguas, tendremos que apechugar con lo que nos digan en su lugar de origen: no estarán bautizadas en español. La lengua es un caudal fluyente al que acuden innumerables materiales. Algunos, la propia corriente los depositará en el légame profundo o en las orillas, otros llegarán a disolverse en el caudal cercano al desenlace ya, las aguas tersas y tranquilas, esas que reflejan deslumbradoramente las luces del día maduro. Bien están los consejos, la experiencia. Pero no olvidemos que la experiencia... Sólo sirve la propia. Además, no debemos escandalizarnos por los errores... También hay quien escribe o habla bastante bien, sin herir los ojos o los oídos: destaquemos su presencia. La historia de la lengua española está cuajada de situaciones parecidas. ¿Nos perjudicó la enorme cantidad de galicismos que se nos colaron por el Camino de Santiago? ¿Y en el siglo [232] XVIII, cuando todo se pensaba o se veía en francés, las modas, la cocina, los usos amorosos y cortesanos, la ciencia misma? Nuestras flotas, ¿estuvieron siempre amarradas? ¿No se arriesgaron por mares nunca de antes navegados? Pues la mayor parte de su léxico era de origen italiano. Y al lado, pausado y energético, creció, día a día, un mundo literario, el más logrado de los pueblos modernos. La

actual falsificación, convertida en ortodoxia del mediocre, llega a negar estas evidencias. La crisis, mi crisis, goza de buena salud. Espera solamente que la educación eleve los niveles. Ayudemos con nuestro trabajo, a fin de acabar con la desidia, la comodona torpeza. Y hagámoslo sin temores, ahorrando prédicas, seguros de que la lengua, nuestra mejor herencia, lo agradecerá.

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**